





Plop

Pinedo Rafael.

Plop. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona, 2004.

144 p. ; 21x14 cm.- (Línea C)

ISBN 987-1180-05-5

1. Narrativa Argentina-Novela I. Título

CDD A863

**Linea C**

Colección dirigida por Marcelo Cohen

© 2004 Rafael Pinedo

© 2004 Interzona editora S.A.

Lavalle 750, piso 19° B

Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Diseño de colección e imagen de tapa: Trineo Comunicación

ISBN: 987-11800-05-5

Impreso en Argentina en noviembre de 2004

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

*Bebida é água  
Comida é pasto  
Você tem sede de quê?  
Você tem fome de quê?*

Arnaldo Antunes, Marcelo  
Fromer y Sérgio Britto

*A Sofía y Max, para  
cuando puedan leerlo*



## Prólogo

**D**esde el fondo del pozo sólo se ve un pedazo de cielo a veces gris, a veces negro.

Llueve. Las paredes chorrean y a sus pies se va formando un caldo de barro que le llega hasta las rodillas.

De pronto se escuchan voces. Chicos que pasan corriendo. Gente que tiene sexo.

Si es de día, puede darse cuenta cuando alguien lo mira, porque la luz cambia ligeramente al aparecer una cabeza en el borde.

Algunos escupen. O tiran cosas. Otros se quedan ahí un rato, sólo mirando.

Nada puede hacer. Intenta contestar y tirarle un cascote a uno que lo insulta; sólo consigue que la piedra caiga y casi le dé en la cabeza.

Al rato, además, vienen muchos, se paran alrededor del borde y descargan las vejigas sobre él.

Cuando el frío o el hambre lo dejan intenta pensar en cómo ha llegado hasta ahí.

Una tarde escucha muchas voces que se acercan.

Sabe que va a ejecutarse la sentencia.

No ve las cabezas, pero el cambio de la luz le indica que todos están allí, alrededor del pozo.

Cuando ve caer la primera palada de tierra empiezan a sucederse imágenes, con la historia reciente, con el principio, con el final.

Desde que ha empezado su camino. Desde que se ha obligado a no ser uno más, un mono, un peón, un esclavo.

Sabe que irán tirando la tierra de a poco, uno por vez. Se turnarán. Es un honor ser su verdugo.

Con cada golpe de zapa, con cada puñado de tierra que le cae sobre la cabeza, le va apareciendo en la mente una imagen de su vida.

Así, hasta ahora, el final.

Todo el esfuerzo es para este momento, para llegar, para poder finalmente morir.

## El nacimiento

Dicen que nació mientras llegaban a un nuevo Asentamiento.

Que su madre, la Cantora, lo parió caminando, atada al borde de un carro, medio colgada, medio arrastrada.

La caravana estaba formada por un par de carros tirados por los de la Brigada de Servicios Dos, un burro y un caballo. Viejos y flacos.

Entre todos ellos iba la gente del Grupo.

En ese entonces ya estaba establecido el sistema de brigadas. Inclusive las divisiones entre Uno y Dos. Y el tiempo ya se medía en solsticios, uno de verano, uno de invierno.

Esa era la forma de supervivencia que se había dado en el Grupo. En otros había formas sociales de todo tipo. Cada uno armaba la estructura que podía. Para sobrevivir.

No pudo averiguar cuántos eran en el momento en que él nació, pero el Grupo no podía pasar de cien.

Cuentan que avistaron una fortaleza, un Lugar de Cambio, un círculo de estacas de cemento, hierro y madera, cubierto casi totalmente por pedazos de vidrio y clavos.

La caravana se detuvo a la distancia aceptada. Hacía días que no comían.

Cuando salió el Dueño del Lugar intercambiaron los saludos: las manos en el pecho del otro, los labios, cerrados, en los labios del otro, y la fórmula:

–Acá se sobrevive.

–Acá se sobrevive.

–¿Qué hay?

–Ganas de truequear.

–Adelante, adelante, hasta la puerta.

Cuentan que allí comenzó el trabajo de parto.

Por la comida les pidieron los dos animales, seis vírgenes púberes, por lo menos dos de cada sexo, y dos trabajadores.

No tenían tantas vírgenes.

Empezó el regateo. Se discutió, se gritó, se lloró miseria por ambas partes. Se ofrecieron cuchillos y una balanza.

Se transó al revés. Recibieron una ración para cada uno, dos chanchos machos y una hembra.

Entregaron el burro y el caballo, diez cuchillos sin óxido, un hierro aguzado en forma de lanza, tres piedras de pederنال, dos vírgenes hembras y un rato con una mujer y un hombre para el Dueño del Lugar.

No había pasado medio día, desde el momento de la llegada, cuando se dio la orden de partida.

Su madre era de la Brigada de Recreación Uno. Era la Cantora. Siempre había cantado. En las comidas nocturnas se contaba que nadie había entrado tan joven a Recreación Uno. Que no tenía una voz perfecta, pero que su alegría era contagiosa.

En el momento en que el Comisario General dio la orden de partida, su madre estaba retorciéndose por las contracciones, amordazada para no interrumpir el sueño del resto.

Sus vecinos la levantaron, le ataron las manos al más alto de los carros y le dieron un fustazo en las nalgas cuando empezó la caminata. Le sacaron la venda de la boca.

Los que tiraban del carro protestaron por el peso suplementario; al más cercano, el Secretario de Brigada le cruzó la cara con el látigo. No hubo más quejas.

Cuentan que ahí iba, medio caminando, medio colgada, emitiendo un sonido indistinguible, entre lamento y letanía.

Llovía desde hacía una semana. El agua lavó la mugre que le corría por las piernas cuando rompió bolsa. Nadie se enteró.

Iba desnuda de la cintura para abajo. Detrás de ella iba la vieja Goro, mirando al suelo. Como siempre.

Recuerda la vieja que en un momento le pareció ver un bulto entre las piernas de la Cantora. Que no prestó atención porque ella era de la Brigada de Servicios Dos y hacía casi una luna que no dejaba de trabajar.

La alertó un berrido, un ruido sordo, amargo, en el charco de barro que tenía adelante.

Se agachó y lo levantó. La Cantora no reaccionó: sólo caminaba.

La vieja cortó el cordón sin detenerse. Le hizo un nudo a cada parte.

Metió el bulto en su morral. Sabía que, cuando se perdiera de vista el Lugar, harían una breve parada para que los secretarios discutieran el resultado del trueque.

Y para sacrificar a los Voluntarios Dos que habían vuelto luego de su rato con el Dueño del Lugar.

Era la única forma de controlar las venéreas que conocía el Grupo.

Si sobrevivía hasta entonces, la vieja decidiría qué hacer con él; si no, podía ganar méritos aportando a la comida de los animales.

Sobrevivió.

Cuenta la vieja que se prendió a la teta de la madre con las manos, como un mono. Que así, por la vieja y por sus manos, se salvó.

Su madre, la Cantora, lo miró, balbuceó algo y no habló más, ni cantó, ni le dirigió otra mirada. Nunca más.

## Los primeros años

No murió. La vieja Goro lo ponía en la teta de su madre, cuando se acordaba, o lo escuchaba berrear.

A veces quedaba ahí por mucho tiempo, comiendo todo lo que podía.

Las lluvias le lavaron los orines y la mierda.

A su madre la transfirieron a Recreación Dos. Cuando alguien quería usarla tenían que sacarlo de la teta. A veces lo ponían de nuevo al irse.

Cuando empezó a gatear pudo procurarse comida: bichos, algún resto dejado por los otros, algo que le traía la vieja Goro.

La catatonía de su madre avanzaba. Dejó de responder a los que la usaban, inclusive a las órdenes de la Secretaria de Brigada.

Nadie se le acercaba. Sólo el Tuerto.

Llegó el tiempo de otra migración, se hizo la Asamblea para votar la dirección y los integrantes.

Era la ley. Se debía depurar el Grupo para facilitar el viaje. Sólo iban los que no frenaran la caravana.

Todos debían responder por sí mismos. Si alguno no era hábil, por enfermo, chico o lo que fuese, sólo podía viajar si alguien se lo apropiaba.

Y si durante el camino producía molestias, los dos, apropiado y apropiador, eran reciclados.

En el medio del Asentamiento siempre se dejaba un espacio vacío, al que todos llamaban la Plaza. El Grupo entero se juntaba ahí, en círculos concéntricos. El Comisario y los secretarios en el centro, luego los más chicos para que los vieran y el resto alrededor. Todos debían estar visibles.

El Comisario General señalaba al más cercano, que debía pararse, decir su nombre y luego “Yo puedo”. Si era tan chico que todavía no tenía nombre debía estar apropiado por alguien.

Pasaron lista. Cuando le llegó el turno a él, la vieja Goro dijo:

–Es mío.

Alguien rió. Otra voz, desde atrás, dijo:

–¿Para usarlo, vieja?

–Es mío –repitió ella.

Cuando llegó el turno de su madre, ella no respondió. Alguien miró al Tuerto, que miró al suelo.

–¿Recicle o pira? –dijo el Comisario General.

–A votar.

Fue un cañaveral de manos para el recicle.

La vieja Goro lo hizo bajar las suyas.

–Vos sos muy chico para votar.

Lo llevó a ver la operación. La aguja entre las cervicales, el despellejamiento, la carneada.

Siendo el hijo, le correspondía pedir algo: eligió un fémur, para hacer una flauta. Nunca la hizo.

La vieja lo trató de estúpido: podría haber canjeado mucho mejor los dientes, que estaban completos y todavía en buen estado. Tenían sólo treinta solsticios de uso.

## El paisaje

Llueve. Siempre.

A veces muy poco, como agua que flotara. Otras, muchas, es una pared líquida que golpea la cabeza.

Sólo esa puede tomarse. Una vez que cayó, está impura. "Contaminada" es la palabra que usan los viejos.

Se camina sobre el barro, entre grandes pilas de hierros, escombros, plástico, trapos podridos y latas oxidadas.

De tanto en tanto las nubes se abren un poco, y brillan pedazos de vidrio rotos, nunca más grandes que una uña. Algunos los usan para hacer puntas de cuchillos, pero son demasiado frágiles.

Un viejo tiene un cuchillo de vidrio, que utiliza solamente para cortar carne, nunca para la pelea. Los demás usan latas o hierros afilados.

Alguna paja brava corta el basural. Arbustos, nunca más altos que un hombre, con espinas, con unas hojas minúsculas y negras.

Y hongos, que salen por todos lados.

Algunos son comestibles. Muchos venenosos. Es muy difícil diferenciarlos. Cuando hay dudas se usa a un Voluntario Dos.

Los hay que tardan en matar. Pero esos son más fáciles de reconocer.

La vieja Goro nunca duda. Es más, va caminando y, casi sin mirar, arranca uno y se lo come.

Nunca se deben tocar los que crecen sobre hierro, dice. Desconfiar de los de madera. Preferir los del barro.

Hay un par de plantas cuyas raíces se pueden comer. Es

difícil encontrarlas. La vieja sostiene que como todo el mundo las come ya no se reproducen.

Los jóvenes se ríen: las plantas no deciden, crecen o no crecen.

Existen lugares donde hay más matorrales que basura. Pero son peligrosos, ahí anidan animales. Por lo general, el que entra no sale.

Entre las montañas de basura hay ratas. Insectos. Lo que más se encuentra son cucarachas. Desde las bebés hasta las grandes como la mano de un hombre.

Esas muerden, y hay algunas que envenenan. La carne se hincha y se pone azul, como ellas. Lo mejor es cortar, si se puede.

Se ve mucha gente a la que le faltan dedos.

Si la mordedura es en una pierna o un brazo es difícil salvarse, aunque se corte rápido. Porque se muere desangrado, o se pudre la herida.

Las arañas muerden todas, y todas tienen veneno.

Entre las pilas de basura se encuentra de todo. La mayor parte es hierro y cemento. Pero hay mucha madera también. Y plástico. De todas las formas. Y tela, casi siempre medio podrida.

Y aparatos. Que nadie sabe para qué son, o fueron.

El óxido cubre todo el metal. El hongo, la madera.

Hacer un cuchillo es fácil. Sólo hay que encontrar un hierro del tamaño correcto y tener paciencia para afilarlo. Púas, se llaman.

A veces aparecen cuchillos verdaderos. Pero la mayoría son chicos y están muy oxidados.

Encontrar un cuchillo grande, de hoja gruesa y en buen estado es peligroso. Porque siempre los otros quieren robarlo. Y hay peleas.

Si no se es muy bueno en el combate vale más entregarlo al Secretario. Se suman méritos y se sobrevive.

Cada tanto, muy de vez en cuando, para de llover por un rato.

Lo mejor es hacerse un traje con tela de plástico. Se encuentra siempre en retazos. Es difícil de coser. Algunos lo pegan con fuego, pero son muy pocos los que saben cómo conseguir que no se deshaga y queme las manos.

Conviene hacer trueque con alguno que sepa; a veces alcanza con dejarse usar.

El suelo siempre es plano. Debajo de la basura siempre es plano.

La Llanura, la llaman. El horizonte está apenas cortado por grandes pilas de escombros y basura.

Dicen los viajeros que lejos, a más de treinta días de canino, el suelo se levanta y hay partes de piedra y no hay cascos ni latas.

Pero nadie les cree.

A lo lejos, por donde sale el sol, de noche se ve un resplandor. Todos saben que ahí no pueden acercarse. Dicen los viejos que es todo agua. Pero son cuentos, no existe tanta agua junta. El agua está en el cielo y cae todo el tiempo. Y cuando llega al suelo es barro.

En la Llanura hay diez o doce grupos que dan vueltas. Y gente suelta, nunca más de dos o tres.

A veces los grupos se juntan. A veces gente de uno pasa a otro. A veces algún grupo mata a la mayor parte de los miembros de otro. E integra al resto.

Cada grupo tiene sus costumbres, su organización, sus tabúes.

En algunos, como en el de Plop, todos hablan mirando para abajo. Se ríen con la boca cerrada, gritan entre dientes. Nunca abren la boca.

## La vieja Goro

Vivía prácticamente en silencio. Nadie la mencionaba demasiado.

Su nombre era ese, vieja Goro. Los más ancianos lo decían con respeto.

Ahora estaba en Servicios Dos. Limpiaba mugre, paleaba tierra. Era, como toda la Brigada, la sierva del Asentamiento.

Se decía que había estado arriba, que había sido Comisaria, que había tenido muchos amantes, que hasta había llegado a mostrarle la lengua al Comisario en una Asamblea y no la habían castigado.

Tan grande había sido su poder.

Parecía ser la más vieja del Asentamiento. Una vez Plop le preguntó cuántas migraciones había visto.

—No sé, muchas.

No se sabía bien de dónde sacaba la comida, porque rara vez cenaba con el resto.

Podía ser cruel si era necesario. Generalmente se mantenía en una simple aspereza.

Contaban que una vez había estado varios días, con sus noches, cuidando a un chico enfermo cuya madre había sido reciclada.

Al cuarto día había dicho:

—No se cura —y se había puesto a despellejarlo. Los gritos habían atraído gente, que le había preguntado por qué no lo sacrificaba primero.

—No me di cuenta —había contestado.

## El nombre

Cuando llega el solsticio de invierno se hace la Asamblea de los Nombres. A todos los que tienen más o menos diez solsticios, cinco de verano y cinco de invierno, se les pone nombre y se los destina definitivamente a una Brigada, en la que permanecen para siempre. Alguno, caso raro, consigue cambiar.

Los tontos, débiles o muy rebeldes van a parar a Voluntarios Dos, para que no duren. Los que tienen enemigos, a Recreación Dos; los que cuentan con un propietario, o son adquiridos por alguien importante, pueden zafar de esas brigadas y van a Comando o a Recreación Uno. Al resto, la mayoría, se los asigna a Servicios. Allí estaba la vieja Goro.

Cuando Plop iba a cumplir once solsticios se hizo una Asamblea.

Los nombres se votan. El propietario y el Comisario General pueden sugerir.

Cuando le llegó el turno, el Comisario miró a la vieja Goro.

—Plop —dijo ella sin dudar.

—¿Cómo? —dijo el Comisario.

—Plop —repitió.

—¿Por qué? —preguntó ante el asombro general.

—Es el ruido que hizo al caer en el barro, cuando nació —y volvió a mirar al suelo.

A él la carcajada le retumbó en la cabeza. Se paró de un salto, miró para abajo y dijo en voz muy alta:

—Me llamo Plop. Y pertenezco a Servicios Dos.

## Los lugares de cambio

Cerca del Asentamiento había un Lugar de Cambio.

La vieja Goro le explicaba a Plop que no había muchos en la Llanura.

Uno era una antigua construcción que extrañamente no estaba ocupada por bichos o animales salvajes. Le habían puesto vidrios rotos en el canto de todas las paredes exteriores para que nadie trepara. La puerta era de hierro con alambre de púas.

Nadie sabía cómo habían acumulado tantas cosas. Probablemente truequeando, o robando.

Pero tenían de todo. Especialmente comida en latas. Era el único lugar donde había.

El Dueño del Lugar era enorme. Sin pelo. Con la cara cubierta de cicatrices. Todos le decían el Miedo.

Siempre tenía un cuchillo largo en la mano. Machete, lo llamaba. Y lo usaba por cualquier motivo.

En la entrada había una pila de huesos de la gente que había matado.

Otro era un gran pozo. Se llegaba por una escalera.

Desde afuera sólo se veían dos columnas de hierro con un cartel que no decía nada.

Al final de la escalera había una reja que podía abrirse.

Detrás sólo había mujeres, que atendían a la gente a través de los hierros.

Las habían atacado muchas veces. Pero ellas se metían adentro y desaparecían por lunas enteras.

No se entendía cómo ahí adentro no las comían los bichos o las ratas.

Ya hacía mucho que nadie intentaba entrar: todos necesitaban el Lugar de Cambio.

La vieja decía que también había otros, pero nadie más los conocía.

## El Karibom

En la primera luna llena después del solsticio de invierno se celebraba el Karibom.

Se sentaban los viejos en el centro de la Plaza. Con algunos tambores, con hierros y tachos, y empezaban a golpear rítmicamente: Ta, ta ta, tatá.

El resto de la gente caminaba en ronda. Al ritmo de los golpes. Eso podía durar toda la noche.

Estaba prohibido pelear o discutir. Ahí estaban todos. Las madres con sus chicos, los secretarios, las secretarias, el Comisario General y su mujer, los viejos, los jóvenes, hasta los esclavos de Voluntarios Dos. Si uno se cansaba, se sentaba por un rato al borde del círculo y era saludado por los que giraban; luego se reincorporaba a la ronda.

Algunos se detenían a conversar. Todos hablaban con todos. Alrededor otros jugaban. Era allí donde se cocinaba la política del Grupo.

Los más jóvenes aprovechaban para cortejarse. Las parejas se armaban y desarmaban. Jugaban a apretar las nalgas del de adelante. A tapar los ojos desde atrás y adivinar quién lo hacía.

Si alguien quería seducir a otro, la costumbre era que se acercara desde atrás y lo abrazara con fuerza. Un brazo en el pecho y el otro en la entrepierna.

Si el abrazado estaba de acuerdo con la relación, tenía que darse vuelta y abrazar al aspirante. En ese caso se retiraban un rato a usarse y luego volvían a la ronda, juntos el resto de la noche.

Si no le gustaba, el cortejado daba un paso adelante y se desprendía. Era costumbre dar las gracias.

No estaba bien visto repetirlo con varias personas. La seducción se estilaba solamente para las relaciones más importantes.

Para las historias más fugaces bastaba con ponerse al lado y sonreírse. La pareja formada se tomaba de la mano y se iba por un rato. Al volver, cada uno seguía solo en el Kari-bom. Esto podía repetirse dos o tres veces en una noche.

La vieja Goro lo llevó. Mientras giraban le iba explicando, con frases secas y cortas, los juegos, los ritos, las costumbres.

Le señalaba las personas importantes del Grupo. Cada vez que marcaba uno, acompañaba la explicación con un golpe en la cabeza y decía:

-No te olvides, no te olvides.

Giraron y giraron largo rato, hasta que se acercaron otros chicos, mugrientos como él, a invitarlo a jugar.

Vinieron con respeto. No a él sino a la vieja. No le hablaron directamente; mirándola a ella mascullaron:

-¿Puede venir? ¿Puede venir Plop?

-Andá -gruñó la vieja pateándole las canillas.

## La iniciación

Fueron tres los que entraron juntos a la Brigada de Servicios Dos: la Tini, el Urso y Plop.

La Tini tenía a la madre en la Brigada y sabía quién había sido el padre.

El Urso era fuerte y tres solsticios mayor que los otros dos. Venía de Recreación Dos. Lo habían sacado porque, de tanto llorar y patear cuando lo usaban, ya nadie lo quería. De no haber sido tan fuerte habría ido a la aguja o a Voluntarios Dos.

Plop era flaco y chico y se lo había apropiado la vieja Goro. Si no, habría terminado en el lugar de donde venía el Urso y habría quedado idiota, como todos los que empezaban ahí. O lo habrían mandado a Voluntarios Dos, donde no se sobrevivía.

Los iniciaron juntos a los tres.

Era muy importante. Empezaban a ser adultos. Desde ese momento tenían que respetar el tabú.

Dos días duró la ceremonia.

El primer día tuvieron que dar vueltas, hasta que bajara el sol, por todo el Asentamiento, desnudos, cargando piedras, para habituarse al trabajo.

La gente del Grupo se reía, a veces les agregaba una piedra en la bolsa que llevaban en la espalda.

Al día siguiente fueron usados, por turno. Primero por el Secretario de Brigada, luego por el Sub. A todos los habían usado muchas veces antes.

Al Secretario le gustaban más las nenas; por eso con el

Urso y con Plop fue casi por obligación, para que supieran quién era más macho. Porque como decía siempre:

—Las pelotas quedan fuera de la Brigada, el único que tiene pelotas acá soy yo.

Después los colgaron de los brazos toda la tarde, para que se acostumbraran a los castigos.

Y se fue juntando la gente del Grupo para ver la parte del tabú. Era lo que más los divertía.

Llegó el Secretario de Brigada. Era el encargado de hacer el compromiso del tabú en la iniciación de la gente que entraba a su Brigada.

Tenía una varilla de hierro, flexible. Ellos, colgados.

Ya sabían lo que tenían que hacer.

Un golpe con la cabeza baja, el mentón pegado al pecho, y gritaban:

—¡Nunca voy a mostrar la lengua!

Golpe.

—¡Mi saliva queda en mi boca!

Golpe.

—¡La comida se mastica, nadie la mira!

Golpe.

—¡Si se grita no se ve la boca!

Golpe.

—¡En boca cerrada no entran moscas!

El Urso se equivocó y dijo mal la frase. Por eso el Secretario le pegó diez veces, en la parte de atrás de las rodillas. A cada golpe, la gente daba una palmada.

—¡La frase final! —aulló el Secretario.

—¡Boca cerrada! ¡Boca cerrada! ¡Boca cerrada! —contestaron los tres.

Los desataron. Cayeron como carne muerta. A la Tini la

sacó la madre. A Plop, la vieja. El Urso salió solo. Las marcas les duraron semanas.

La vieja Goro se reía mientras lo curaba.

—Bárbaros, bárbaros —y se reía.

## La primera tarea

El primer trabajo que les dieron fue reciclar unos muertos que habían sido atacados por una jauría.

Luego le tocó, a él solo, limpiar la letrina del Comisario General. Y de la mujer, que ni siquiera se tomó el trabajo de esperar a que él saliera del pozo para cagar.

Gritó. La insultó.

Ella empezó a chillar. Se revolvía en el suelo y pataleaba. Cuando se acercaron los vecinos gritó más fuerte:

—¡Indecente! ¡Asqueroso! ¡Degenerado! ¡Cuando me puteó me mostró la lengua!

Se hizo un gran silencio alrededor. La acusación era grave.

Vinieron los secretarios y el marido, el Comisario General. Inmediatamente hicieron Consejo. La llamaron a declarar. Ella repitió la acusación.

Plop se hincó de rodillas y hundió la cara en el barro frente a ella. Alegó que se había enfurecido, que había pensado que la mierda que le caía era una burla por su origen, por su nombre, que era joven, que no había pasado ni una luna desde la iniciación, que era nuevo en el tabú.

Ella dijo que ni se había dado cuenta de que él estaba en el pozo y que, además, era la mujer del Comisario General y cagaba sobre quien quisiera.

El Consejo movió la cabeza, aprobando.

Plop pidió perdón, a uno por uno, siempre de rodillas, con la cara en el suelo.

El Comisario General preguntó a la concurrencia:

—¿Alguien piensa que mostró la lengua a propósito?

Silencio. Alivio de su parte.

El castigo fue leve: un día estaqueado y limpiar las partes de la mujer del Comisario General cada vez que ella quisiera, mierda o período, durante un solsticio.

Habría podido ser peor. Lo habrían podido despellejar. Igual juró vengarse.

Lo estaquearon.

La Tini y el Urso le llevaron agua, le hablaron, lo masturbaron, se usaron delante de él para distraerlo. Eran sus amigos.

Transcurrieron las primeras lunas, el tiempo parecía no pasar. A la madre de la Tini la promovieron a Subcomisaria. Comieron mejor.

La mujer del Comisario General se había habituado a él. Lo llamaba, lo hacía limpiarla con las manos, sobre todo cuando estaba menstruando. Luego lo tocaba hasta conseguir una erección, lo usaba, luego se le acuclillaba encima, a veces en los genitales, a veces en el pecho, a veces en la cara. Y vaciaba su intestino.

Decidió que tenía que salir de Servicios Dos.

## El primer escalón

La mujer del Comisario General empezó a pedirle cada vez más seguido que le acariciara las tetas. Eran como dos gigantes higos deformes. Morenos, con venas azules y dos pezones como tortillas que apuntaban al suelo.

Cambió su más preciada posesión, un cuchillo casi sin óxido, por un frasquito con aceite.

Lo llevó y se untó las palmas para tocarla. Ella enloqueció. Se retorció en el suelo mientras con las manos se hurgababa entre las piernas.

Lo hizo tres veces. A la cuarta no llevó el frasco. Ella castigó el olvido con unas bofetadas que sonaron como aplausos.

Fingiéndole miedo y dolor le propuso solucionarlo. Ella que no podía esperar, él que si cerraba los ojos podía resolverlo en el acto pero con la condición de que cerrara los ojos. Ella lo hizo. Él humedeció los dedos con saliva y se los pasó por los pezones.

Sólo después de los orgasmos le preguntó cómo había hecho.

—No puedo decirlo —murmuró mirando para abajo.

Entendió. Lo obligó a mirarla a la cara, donde Plop vio una combinación de horror y placer.

—Quiero otra vez —dijo ella.

—Nunca, no quiero que me despellejen.

—No se lo decimos a nadie.

—No te creo —argumentó Plop.

—Por favor, por favor.

Cuando gemía se ponía aún más fea.

—Sólo por esta vez —mintió él.

Comenzó a dosificar las caricias de modo tal que se desesperara. Fue sugiriéndole que le atara las manos, que le vendara los ojos. A ella le encantaban esos juegos.

Un día, en medio de los espasmos de placer, Plop simuló que se caía sobre ella. Su boca se encontró con uno de sus pechos. Mordió. Ella juró que nunca había sentido algo igual.

Le pidió que le pasara la boca, la lengua.

Plop contestó que tenía que darle algo a cambio.

—Qué —preguntó.

—Placer —respondió, sabiendo que ella habría dicho que sí a cualquier cosa.

Le pidió que lo vendara, lo atara, lo cortara, que lo obligara, que así gozaba él.

Tardó varios días en dejarse convencer de volver a chuparla. Mientras tanto ella lo golpeó, le hizo tajos en el pecho, lo quemó. Todo mientras él se masturbaba.

Plop tenía el cuerpo lleno de marcas y ella seguía reclamando que la chupara.

Decidieron hacerlo otra vez al día siguiente en la pila de escombros que estaba detrás de su choza. Le pidió como juego que lo llevara encadenado desde el retrete.

Le ató las manos adelante, alrededor de su miembro. Lo frotó hasta que tuvo una erección. Lo vendó. Le pegó. Él soltaba gemidos sordos.

Salieron caminando, ella detrás de él, apoyándole un cuchillo en la garganta. Llegaron al lugar. Sin quitarle el filo del cuello se sentó en un tronco e hizo que él se arrodillara frente a ella.

Apenas Plop le puso la boca entre las piernas salieron de donde estaban escondidos la madre de la Tini y los secretarios de Servicios y Recreación, junto con el Urso, que los había llevado.

El juicio fue corto. Quedó claro que la denuncia anterior contra él había sido falsa, que era una perversa y una desviada sexual. Que Plop había sido obligado lo probaban las heridas.

El despellejamiento, dada la gravedad del delito, fue sin aguja previa. A él le tocó el honor de arrancar las primeras tiras. Empezó por las tetas.

El marido no podía desconocer eso. Fue declarado cómplice. Lo transfirieron de Comisario General a Voluntarios Dos. Lo destinaron a servir de señuelo para cazar perros cimarrones. La primera semana perdió una pierna y la mejilla derecha. A la segunda murió.

Al Secretario de Servicios lo nombraron Comisario General. A la madre de la Tini, Secretaria de Servicios.

Dejó que Plop la usara esa noche. Y que durmiera bajo su techo.

La vieja Goro no le habló por dos lunas.

## Preparación de la caza

Los exploradores de Voluntarios Uno volvieron diciendo que habían encontrado un Lugar de Caza.

Enseguida se reclutó a todos. Se nombraron jefes de Célula y se los mandó a buscar trapos, lo más lejos posible para que los grupos cercanos no se enteraran de que había comida para cazar.

En la Célula de Plop eran cinco. La Tini estaba con él. También llevaban un par de Voluntarios Dos como material de trueque.

Uno era joven y algo retardado, pero fuerte, por eso no lo habían reciclado. Era muy pacífico, salvo una vez que lo habían querido usar. Se enfureció y mató al ayudante de Carpintero de Servicios Dos, que lo había agarrado.

Si no se sabía de su manía violenta era de bastante valor y podían conseguir muchos trapos por él.

El otro era un viejo con una pierna quebrada, que apenas podía caminar. Probablemente lo ofrecerían como comida para los chanchos o algo así.

Anduvieron un día y medio, casi sin comer. El paisaje era siempre el mismo: barro, hierros retorcidos, cascotes, basura, algún arbusto.

El avance era lento, pese a los insultos del Jefe de Célula, que quería hacer méritos. El resto no quería morir por una herida gangrenada.

Llegaron a un grupo en que la mayoría eran mujeres.

Era la primera vez que Plop se aventuraba tan lejos; miraba todo con asombro. Eran como ellos, pero diferentes. Se

vestían distinto, no hacían casillas con chapas o plástico como el Grupo de Plop. Armaban unas tiendas cónicas, cosidas. Los toldos, las llamaban.

Alrededor, como todos los grupoš, un anillo de arbustos con espinas, seguramente con púas de punta en su interior.

Sólo se veían diez o doce toldos. Las mujeres no podían ser muchas. Ningún hombre a la vista.

No les podían decir para qué necesitaban trapos porque, en el mejor de los casos, los seguirían para robarles la caza.

La consigna era contar que necesitaban ropa, que el brujo los había obligado a cubrirse totalmente para evitar que los chicos siguieran naciendo bobos.

Esas cosas pasaban en algunos grupos. En el de Plop había uno, aunque era una figura decorativa que competía con el sanador, ambos unos inútiles.

Pero esa historia justificaba canjear algo valioso como un opa fuerte y joven.

Antes de empezar la negociación se acercaron mujeres para usarlos, a los hombres solamente. Les ordenaron que se desnudaran del todo. Incluso al viejo y al retardado.

Todos pensaron lo mismo: qué iba a pasar cuando se acercaran al tonto. Corrían el riesgo de que se enfureciera y todos pagaran su locura.

La Tini y la otra mujer de la Célula, con el pretexto de juntar y acomodar la ropa, agarraron discretamente los cuchillos.

A cada uno lo eligió una mujer. A Plop le tocó una gorda grandota con pechos muy chicos que la hacían parecer deforme. Él no podía prestarle atención porque trataba de observar qué pasaba con el opa. A todos les debía suceder más o menos lo mismo.

Los llevaron atrás de unos toldos. Parecía que no les gustaba hacerlo en público. Plop estaba más atento a

los gritos que podía empezar a oír que a los manoseos de la gorda.

No pasó nada. Se veía que al tonto le gustaba que lo usara una mujer. Era evidente que nunca lo había probado.

Después negociaron un rato largo.

En algún momento Plop pensó seriamente en quedarse en ese grupo, dada la cantidad de mujeres. Pero cuando tuvo que volver a pedirles algo para atar los trapos vio hombres sujetos a postes por el cuello y esto lo persuadió. No se atrevió a preguntar si era castigo o costumbre.

Tuvieron que improvisar parihuelas para cargar la cantidad de ropa que recibieron. Las mujeres del grupo debían pensar que eran imbéciles, ya que aceptaban cualquier cosa.

Lo primero que hicieron cuando salieron fue juramentarse que no iban a contar que los habían usado. Plop confiaba en la Tini; a la otra la amenazaron con despellejarla, ellos o sus amigos, si lo contaba.

Ambas aceptaron. Las venéreas no eran tantas.

El retorno fue duro porque la carga era mucha.

Al volver encontraron una montaña de tela en el centro del Asentamiento y se los asignó, como a todos, a la fabricación de trajes protectores.

Lo más difícil eran las capuchas. Debían permitir que se viera pero cuidar los ojos todo lo posible.

Algunos, de mayor experiencia, ya se estaban fabricando protectores de alambre para ponerse como visera.

Todo cuchillo, púa, cachiporra o cualquier hierro que sirviera para golpear había sido confiscado y redistribuido para la caza.

Al cuarto día estaban preparados.

## La caza

En el Asentamiento sólo quedaron una guardia de seguridad y los inútiles. Los demás fueron al Lugar de Caza.

Los secretarios los organizaron en grupos de diez, con un responsable que tenía la obligación de llevarlos juntos y en absoluto silencio. Todos tenían los pies forrados con trapos.

Caminaron un rato largo. No se cruzaron con nadie.

Llegaron al Lugar.

Eran ruinas, rodeadas de matorrales espinosos, algunos tan altos como una persona.

Desde lejos se veían algunas paredes, vigas, puertas, ventanas vacías como ojos de calavera. Todo cubierto de musgo, hongos y enredaderas de hojas negras.

En el centro había una construcción circular un poco más alta, pero Plop sabía que nunca iban a poder llegar allí.

Los formaron, en absoluto silencio, en tres círculos.

En el primero iban los cazadores profesionales, los de mayor experiencia, los de Voluntarios Uno y los que habían estado en otras cacerías. Tenían palos y cuchillos ensartados en varas.

Delante de cada cuatro o cinco de ellos iba caminando desnudo un Voluntario Dos. Con las manos atadas y los pies maneados para que no pudiera correr.

En el segundo círculo estaban los jóvenes y algunos viejos todavía ágiles. Con bolsas, palos y el resto de los cuchillos. Allí estaba Plop.

En el tercero, los chicos y los viejos más inútiles. Con bolsas y algunos palos que habían podido recoger.

Avanzaron.

Al entrar en la maleza se escucharon los primeros maullidos y los gatos empezaron a saltar sobre los Voluntarios Dos.

Antes de que llegaran a destrozarlos fueron reventados por la primera línea de cazadores.

Los tiraban para atrás, donde los remataban si hacía falta.

Los Voluntarios Dos duraron poco. Pero a esa altura el primer círculo era bastante cerrado y los gatos sólo podían escapar pasando por encima.

Para eso servía el segundo círculo. Les pegaban y los dejaban para el tercer círculo, que debía cargarlos en las bolsas.

Algunos gatos no estaban tan maltrechos y se defendían. Intentaban escaparse, atacaban a los de atrás, los más débiles y peor protegidos.

Se oían los gritos.

Cada tanto alguno del primer círculo caía cubierto de animales.

Sus compañeros lo rodeaban; apaleaban y acuchillaban lo que podían. En general el caído no sobrevivía, pero dejaba mucha caza lista para llevar.

A medida que avanzaban aumentaba la cantidad de bichos que se escapaban del primer círculo.

Era trabajo para el segundo círculo, más para que no los atacaran que para llenar las bolsas.

Si alguno caía debían dejarlo. Los del tercer círculo, si podían, le sacaban los gatos de encima.

Todos gritaban y golpeaban, frenéticos, eufóricos. La sangre empapaba los trajes de trapos.

Nunca llegaron a entrar al edificio. Se retiraron con doscientos treinta y cinco cadáveres de gatos, doce de miembros del Grupo, seis tuertos, dos ciegos y varios dedos perdidos.

Si podían conseguir sal iban a tener comida para un buen rato. Además de los abrigos con las pieles.

Plop terminó con una cicatriz en la mejilla que no iba a borrarse nunca. La Tini le dijo que lo hacía más hombre.

## La Fiesta

Diez noches después del solsticio de verano se hacía la Fiesta. Jamás nadie dijo qué se conmemoraba.

Era para el fin del calendario. Se tomaba alcohol y se hacía una comida colectiva. Era la única vez que todos comían lo mismo. Era la única vez que se podía ver al otro comer. Aunque siempre con la boca cerrada.

El resto del tiempo cada uno lo hacía solo, o en grupos de dos o tres. Siempre mirando para abajo.

También se masticaban unos hongos que hacían soñar despierto. Los más viejos o importantes podían hacerlo desde el inicio. Los demás tenían que hacerlo al final, antes de la ceremonia del Todo Vale, cuando cada uno hacía lo que quería, cómo y con quién quería.

Algunos, los más débiles, los que tenían dueño o los Voluntarios Dos no hacían nada, sino que, como siempre, eran usados, pero así eran las reglas.

Lo único prohibido, como siempre, era lamer, chupar, usar la boca en otro.

Desde el principio de la celebración Plop comió todo lo que pudo. Se juntó con los compañeros de Brigada. Se golpearon, jugaron a correr y tumbar al otro: el tacle, lo llamaban.

Tuvo sexo con una compañera de Brigada; por la mitad se incorporó otro y se usaron los tres. Al rato empezó a aburrirse y los dejó.

Caminó al azar por el campamento, hasta que vio a la vieja Goro sentada al lado de una olla con bebida.

Se acercó y, según era la costumbre, agachó la cabeza para que ella pudiera ponerle la mano encima.

Si bien la vieja Goro era formalmente su propietaria, nunca había ejercido mucho sus derechos sobre él. A veces lo ignoraba, de pronto lo buscaba y le daba una orden absurda, raramente le contestaba el saludo apoyándole la palma en la nuca.

Nunca lo usó.

Esa vez lo miró un instante, le apoyó las dos manos sobre la cabeza y empujó violentamente hacia abajo, haciéndolo caer de cara al suelo.

—Salvaje, salvaje —repetía mientras lo levantaba, le quitaba el barro de la nariz y le hacía apoyar la cabeza en su hombro.

Plop estaba desconcertado por este último gesto. Se dio cuenta de que estaba muy borracha.

—Chiquito, chiquitito, pendejo de mierda —musitaba en le-tanía—. No, no es así. La vida no es así. No es. No era. Yo sé. Yo sé.

Se levantó de golpe; tanto que Plop volvió a caer al suelo. Con una voz clara, que él nunca le había escuchado, dijo:

—Voy a leer.

Se hizo un silencio a su alrededor. Todos los que estaban allí, salvo Plop y otro muy joven, se detuvieron y la miraron demudados.

—Va a leer. Va a leer —se corrió la voz.

Plop no entendía por qué todos se ponían tan serios; era una fiesta.

Su asombro fue completo cuando vio llegar corriendo a los secretarios de Brigada y al Comisario General.

La vieja seguía parada. Inmóvil. Cada tanto repetía:

—Voy a leer.

Debía estar todo el Grupo, formando un círculo alrededor de la vieja. Y de Plop, que estaba a su lado.

Tenía la sensación de que iba a ocurrir algo muy importante.

La vieja se metió la mano entre las tetas y sacó un sobre de cuero que llevaba colgado del cuello. De ahí extrajo unas hojas de papel; Plop nunca había visto tantas juntas y enteras.

Con una voz que él no le había escuchado nunca, sonora, clara, empezó a leer:

*—Hace diez o quince mil millones de años, el Universo estaba atestado, aunque no había galaxias ni estrellas ni átomos. Ni siquiera núcleos de átomos.*

*Había sólo partículas de materia y de antimateria.*

*Y luz, llenando el espacio de modo uniforme. Aunque todavía no existía el espacio, tampoco existía el tiempo.*

*El Universo debía estar a, por lo menos, un trillón de grados. A esa temperatura, las partículas de materia y antimateria se transformaban continuamente en luz, y desde la luz eran creadas de nuevo. Mientras tanto, todas estas partículas estaban escapando, alejándose unas de otras, tal como lo hace ahora la galaxia.*

La vieja hizo una pausa y miró alrededor. Plop no entendía ni una palabra pero, como todos, tenía los ojos fijos en ella, que siguió leyendo:

*—Esta expansión causó un vertiginoso enfriamiento. Al cabo de pocos segundos, la temperatura de la materia, la antimateria y la luz había descendido a alrededor de diez mil millones de grados, y la luz ya no tenía tanta energía como para transformarse en materia y antimateria.*

*Entonces todas las partículas de materia y antimateria comenzaron a aniquilarse, a destruirse unas a otras.*

*Pero, no sabemos por qué, había partículas de materia –electrones, protones y neutrones– que no encontraron partículas de antimateria con las que aniquilarse, y así sobrevivieron a la gran extinción.*

*Después de otros tres minutos de expansión, la materia que quedaba se enfrió lo suficiente –apenas a mil millones de grados– como para que los protones y neutrones quedaran aprisionados y formaran el núcleo de los elementos más livianos: hidrógeno, helio y litio.*

*Pero por los siguientes trescientos mil años la materia en expansión y la luz se mantuvieron tan calientes como para impedir que los electrones y los núcleos se juntaran para formar átomos. Aún no podían empezar a formarse estrellas y galaxias porque la luz ejercía tanta presión sobre los electrones libres, que cualquier grupo de electrones y núcleos era dispersado antes de que su gravedad hubiera comenzado a atraer más materia.*

*Sólo cuando la temperatura cayó hasta cerca de los tres mil grados, la mayoría de los electrones y núcleos se unió en átomos. Esto es lo que llamamos la Recombinación.*

*Hasta el momento de la Recombinación los electrones y los núcleos nunca habían formado átomos.*

Plop se aburría. Miró a la gente a su alrededor. Estaban en trance, con los ojos fijos en la vieja. No comprendía lo que les pasaba. La vieja parecía tener una estatura mucho mayor que la habitual y su voz le retumbaba dentro de la cabeza.

*–Después de la Recombinación, la gravedad empezó a dibujar la materia en galaxias y luego también en estrellas. Allí se cocinaron los elementos más pesados,*

*como el hierro y el oxígeno, con los cuales hace millones de años fue creada nuestra Tierra.*

*Esta es la historia del principio de nuestro Universo, y se llama el Big Bang. Fue una explosión que abarcó todo el Universo que podemos ver, fue hace diez o quince millones de años, tan lejos en el tiempo como podemos rastrear en la historia de nuestro Universo, y continuará por los millones de años que vienen, y quizás para siempre.*

*Para siempre.*

*Para siempre.*

Todos, menos Plop, cayeron de rodillas ante la vieja. Ella tenía en la cara un gesto que podía ser una sonrisa.

Lo miró.

Él no sabía qué hacer, no sabía si estaba bien o mal que no hubiera caído en éxtasis como el resto.

La vieja gritó “¡Todo Vale!” y todos se lanzaron a usar al que tenían al lado, sin siquiera fijarse quién era.

La vieja sonrió:

—¡Bestias!

Plop se fue solo al borde del Asentamiento.

A pensar.

## El albino

Habían salido a buscar algo para comer. Estaban volviendo con las manos vacías cuando vieron que el vigilante les hacía señas. Corrieron.

—¡Un albino! ¡Nació un albino! —gritaba.

Sin parar de correr, la Tini y el Urso se abrieron hacia un lado, Plop hacia el otro. Cada uno empezó a buscar pedazos de madera; luego siguieron corriendo hacia donde estaba amontonado todo el Grupo. Llegaron casi juntos.

Se integraron al atónito y callado círculo de gente.

De un lado estaban terminando un pozo del ancho de un hombre acostado y de dos palmos de profundidad. Allí tiraron ellos las maderas que habían traído.

Del otro se veía a la madre del albino, acostada en el suelo, todavía recuperándose del parto.

A su lado estaba la mujer que la había ayudado. Lloraba y se miraba las manos.

En medio, el recién nacido. Era un gusano blanco.

Plop lo miraba fijo. Le habían dicho que existían, conocía el tabú, pero nunca lo había imaginado tan blanco.

Recordó un cuento de viejos, sobre un grupo que una vez había llegado. Gente pálida, con el pelo color amarillo.

Siempre había pensado que serían como las palmas de sus manos, más blancas que el resto. Ahora imaginó un grupo de adultos de ese color. Sintió asco.

La historia decía que no los habían dejado pasar. Que los habían matado. Con hierros largos, con machetes, sin tocarlos.

Volvió a mirar a esa cosa que había nacido. Tenía sangre.

La placenta le había caído casi encima y ahora chorreaba al costado.

Lloraba. Nadie lo tocaba, pero todas las miradas estaban fijas en él.

El ruido de la lluvia que caía y el grito del albino eran los únicos sonidos que se oían.

A un gesto del Secretario de Servicios, se acercaron dos hombres y una mujer con palas de madera.

La madre levantó la mirada. Observaba como si estuviera muy lejos.

Uno alzó con la pala a esa lombriz pálida que berreaba. Los otros dos, los pedazos de placenta. Llevaron todo hasta el pozo con maderas. Dejaron también allí esas palas y tomaron otras.

Luego recogieron toda la tierra que había quedado manchada y la pusieron en la pira. También esas palas.

Grasa de animal para favorecer la combustión. Prendieron fuego. Hubo un grito fuerte, una tos chiquita y silencio.

La madre y la comadrona miraban. Sabían lo que seguía. Se agregaría madera hasta que se consumiera del todo.

Nadie podría pisar ahí hasta que la marca en el suelo desapareciera completamente.

A esas dos mujeres nadie más las iba a tocar, de ninguna manera, nunca. Se habían vuelto tabú. Podían contagiar hijos albinos.

En las miradas se les veía que se preguntaban qué hacer. Muchas se iban. Otras se quedaban como parias.

## La Tini baila

Andaban juntos. Buscaban su comida. A veces algún gato. Muchas otras, ratas o insectos. Siempre hongos, que Plop conocía. La vieja le había enseñado.

Por lo general conseguían un poco de grasa, robada por Plop, o truequeada, nunca decía a cambio de qué.

Por la noche se juntaban en algún rincón tranquilo del Asentamiento. Cocinaban. Se reían.

El Urso encendía fuego mejor que nadie, pero quemaba la comida. Plop la hacía bien, pero siempre trataba de zafar.

La Tini no era nada especial, pero también intentaba escapar de la tarea. Discutían por eso. El Urso proponía una pelea para decidir, Plop una carrera. La Tini no proponía nada y se reía.

Después cocinaban un poco cada uno. Entre bromas.

Cuando comían el juego era “te vi la lengua”. Dicho en voz baja.

Las carcajadas siempre interrumpían. Debían darse vuelta, tirarse al suelo boca abajo para poder reírse sin mostrar la comida o la lengua.

A veces aparecía algún viejo que los miraba con expresión de reproche. Algunos les decían algo del tipo “cuando se come no se mira” o “comer no es divertirse, es sobrevivir”, o algún otro dicho.

En muchas oportunidades, pero sobre todo cuando habían conseguido un poco de alcohol, cuando estaban tirados en el suelo después de comer, la Tini se levantaba despacio y se paraba frente a ellos.

El Urso y Plop se sentaban, sonrientes, sabiendo lo que iba a venir.

Empezaban, muy suavemente, a marcar el ritmo: Ta, ta ta, tatá.

La Tini cerraba los ojos, seria y quieta, y dejaba que el sonido le fuera entrando en el cuerpo.

Al cabo de unos momentos asentía con la cabeza. Era la señal para que dejaran de marcar, si querían.

Y empezaba a moverse muy despacio. Podía empezar por una mano, o un pie, la pelvis o el pelo.

Lentamente incorporaba el resto del cuerpo.

Dependiendo de factores que sólo ella conocía, el baile era tranquilo o frenético, alegre o decididamente erótico.

Pero a Plop y al Urso siempre les causaba un estado de inmovilidad. La miraban con todo el cuerpo. A veces uno tenía una erección.

Aunque por nada del mundo hubieran interrumpido el baile. El sexo no valía perderse la visión de la Tini moviéndose, temblando, saltando, subiendo y bajando. Modificando su cara en personajes, formas, animales, expresando alegría, odio, tristeza, deseo, éxtasis.

Hasta que terminaba.

Podía ser de golpe, derrumbándose. O muy despacio, reduciendo el movimiento hasta quedar inmóvil.

Pero después siempre se dormía. Entre Plop y el Urso la levantaban, la llevaban hasta su rincón, la protegían de la lluvia y la dejaban dormir.

A Plop muchas veces le habría gustado usarla en esos momentos. Nunca se animó a interrumpir su estado ni su sueño.

No porque pensara que ella iba a enojarse. Sino porque la sentía lejos, en otro mundo, intocable.

## Los Raros

Plop cavaba una zanja cuando los vio venir. Eran tres.

Llevaban a uno de los mejores vigilantes de Voluntarios Uno.

El varón iba adelante, con algo parecido a una ballesta.

Fue lo primero que le llamó la atención. Supo lo que era por las descripciones de los viejos y porque una vez un cazador libre había pasado con algo parecido.

El vigilante iba con las manos atadas a la espalda, agachado, y las dos mujeres le apoyaban los cuchillos en la garganta.

Todos, salvo el prisionero, miraban alrededor, desafiantes.

Plop tiró la madera que estaba usando como pala y los siguió. Otros miembros del Grupo se fueron sumando.

El hombre no era alto, era robusto. Tenía el pelo atado en una trenza, como Plop sólo había visto en los dibujos del papel de la vieja Goro.

La mujer mayor era de una edad aproximada a la del otro. También tenía el pelo largo, al contrario de las mujeres del Grupo, que lo llevaban casi rapado, por los piojos.

La menor podía tener entre veinte y veinticinco solsticios. Iba vestida con un pantalón corto de cuero. El pelo negro y brillante lo atrajo como una luz. Ella lo miró con ferocidad.

Cuando él le sonrió divertido pudo detectar un instante de desconcierto en los ojos. Se recompuso y bajó la vista.

Plop no dejó de observarla hasta que llegaron al centro del Asentamiento. Ya formaban un cortejo del que participaba la mitad de la gente.

La voz se había corrido y el Comisario General los estaba esperando con algunos secretarios de Brigada.

Había un silencio total. Pasó un rato largo.

El hombre habló:

–No queremos lastimar a este infeliz –dijo, refiriéndose al vigilante–. Queremos unirnos al Grupo. Soy armero. Fabricamos armas. Ellas son mi familia, son mis ayudantes.

La mención de familia dejó a toda la gente asombrada. Era un concepto nuevo para los jóvenes y muy en desuso para el resto.

–Puedo probar que mis armas son buenas.

–Adelante –dijo el Comisario.

Las mujeres soltaron a su presa, pateándolo para alejarlo. Inmediatamente, en una maniobra bien ensayada, armaron dos arcos y se colocaron a cada lado del hombre, las cuerdas tensas apuntando hacia los lados.

El hombre miró buscando un blanco, señaló una vejiga de chanco llena de agua que colgaba de un palo. El Comisario asintió.

Disparó la ballesta y, al mirar si había acertado, todos vieron llegar otra flecha y otra.

Cuando volvieron a girar las cabezas estaban los tres en la misma posición, las dos mujeres inmóviles.

–Puedo disparar hasta tres flechas seguidas –dijo el hombre mientras cargaba el arma con otras tres varas–. Y podemos entrenar arqueros.

Cuando dijo esto la menor de las mujeres se dio vuelta y disparó casi sin apuntar. La flecha se clavó entre las otras. Plop pensó que nunca había visto una mujer tan hermosa.

–Haya paz –dijo el Comisario–. Son aceptados.

Todos los secretarios de Brigada asintieron.

Los llamaron los Raros. Ellos nunca dijeron sus nombres. Aceptaron que el Grupo les dijera Raro, Rara y Rarita.

## El burro

Lo descubrió la vieja Goro.

Venía con lo que era evidentemente el resto de un grupo: cuatro mujeres, dos hombres.

Y el burro.

La vieja Goro volvió rápido y avisó a los guardias. Estos despertaron a los jefes de Brigada, que armaron células con los que peleaban mejor.

Todo se hizo en silencio. La mayor parte de la gente dormía.

Plop era demasiado joven para que lo convocaran. Se despertó y notó que pasaba algo.

Los siguió sin hacer ruido.

Sabía que si lo descubrían iban a estaquearlo casi hasta morir. Pero la curiosidad pudo más.

Les cayeron por atrás y los costados.

Gritaron bastante. Pero duró poco.

Uno de los hombres yacía con la cabeza partida. Una mujer tenía una estaca clavada en el estómago; la punta asomaba por la espalda.

El resto estaba tirado boca abajo con dos guardias encima.

El Secretario de Voluntarios dijo que guardaran al hombre que quedaba porque había pocos.

De las tres mujeres que podían caminar, una tenía un brazo roto y la otra era bastante vieja.

A la restante le dieron a elegir. Se unió al Grupo.

Los demás, incluidos los cadáveres, fueron para comida de los chanchos.

Esa noche hubo fiesta alrededor del burro.

## Las Formas

Cuando llegó la fecha se hizo otro Karibom.

Los Raros participaban a su manera. Como en el resto de la vida del Grupo. Conversaban con todos, iban siempre juntos.

Ya nadie les proponía usarse. Cada uno por separado había terminado golpeando a los que habían ido más allá de una sugerencia.

Y eran temibles en la pelea. Aun la menor.

Plop se fue acercando a Rarita, despacio. Aprovechó un momento en que el hombre estaba discutiendo sobre la mejor manera de cazar perros y la mujer se reía con otras.

Anduvo cerca, haciéndose el distraído. No sabía cómo empezar la conversación y eso lo ponía nervioso y de mal humor.

Pocas veces le pasaba, pero sabía que terminaría diciendo o haciendo algo que después lo haría sentir un imbécil.

El pretexto se lo dio uno que se le acercó para invitarlo a jugar a las Formas; dijo que faltaban dos.

Él se dio vuelta y la invitó. Ella se sorprendió y miró hacia los otros Raros, que estaban en lo suyo.

Con una seña, llamó la atención del hombre. Le hizo un gesto con la mano que él interpretó, y contestó, asintiendo con la cabeza.

Plop la llevó de la mano. La sentía tensa.

El juego se desarrollaba a un costado de la ronda del Karibom. Con la llegada de ellos, se completaron las tres parejas mínimas necesarias.

—No sé cómo se juega, pero si es usarse me voy —aclaró Rarita.

—Hay que tocarse, pero no así —dijo Plop—. Empiecen ustedes

y ella va aprendiendo –aclaró a los otros, mientras le explicaba que la costumbre era armar la figura sin hablarse antes y ponerle nombre apenas construida. En general se permitían uno o dos movimientos antes de consolidarlas.

De la otra gente había un par que jugaban siempre juntos, por lo que era difícil ganarles, pero no podían repetir las figuras que habían hecho en otros juegos.

La otra pareja, dos hombres, tenía la ventaja de que, como uno era muy grande y el otro muy menudo, podían aprovechar el espacio de una manera diferente.

Cuando les tocó el turno a Plop y a Rarita, los otros venían ganando con una figura que llamaron “el pájaro”: el chico se paró sobre los muslos del mayor, pero de espaldas a este, que lo tomó de la cintura y se inclinó hacia atrás para mantener el equilibrio. El menudo abrió los brazos y los movió como si volara.

Todos coincidieron en que la figura, además de linda, era muy difícil de conseguir sin coordinación previa.

Plop se paró. Rarita frente a él. Antes de que pudiera darse cuenta ella había dado un salto, enlazando la garganta de Plop con sus piernas, y se había arqueado hacia atrás hasta apoyar los brazos en el suelo, obligándolo a agacharse hasta que formaron un arco.

Apenas pudo reaccionar, abrió los brazos y gritó “el puente”, mientras resistía la tentación de romper el tabú y morderla suavemente entre las piernas.

Se escucharon aplausos y empezaron a discutir. Al final les otorgaron el triunfo, teniendo en cuenta que era la primera vez que ella jugaba.

Luego ella se fue a toda carrera diciendo adiós con la mano.

Plop se sintió tonto, pero no supo por qué. Volvió al Karibom aunque el resto de la noche no quiso hablar con nadie.

## Las clases

La vieja Goro lo fue a buscar una tarde.

–Vení, idiota.

Él fue sonriendo. Los demás lo despidieron con carcajadas. Ya estaban acostumbrados a la vieja y ninguno se hubiera atrevido a burlarse de Plop por eso. Al contrario, lo admiraban un poco porque era claro que bajo esa forma brusca la vieja lo cuidaba.

–Hoy, después de comer, me buscás y te venís callado. Sin hablar con nadie.

Plop no necesitó más indicaciones.

Ya anochecido fue hasta el montón de trapos donde dormía y la encontró sentada esperándolo. Sin decirle una palabra ella se paró y empezó a caminar. Él la siguió. Se asombró un poco cuando apuntó hacia afuera del Asentamiento.

El que estaba de vigilante los dejó pasar. Era normal que la vieja entrara y saliera. Buscaba yuyos, deambulaba. No se sabía cómo, pero a ella nunca le pasaba nada, aun andando sola.

Incluso los secretarios la mandaban a negociar o averiguar cosas con otros grupos. Y ella iba y, lo que era más raro, volvía.

La noche era oscura. La vieja caminaba y caminaba. Plop empezó a asustarse. No tenía ni un cuchillo encima. Se agachó y agarró un palo.

–Soltá eso, maricón de mierda –ladró la vieja.

Obedeció sin dudar.

Caminaron un rato y llegaron a un lugar con pilas y pilas de basura y hierros retorcidos.

Entre ellas se formaba un claro, en el que se veía un resplandor: tres fogatas rodeadas de gente en cuclillas.

Plop se paró, a la defensiva.

—Seguí, tarado.

Plop siguió.

La vieja se acercó a un grupo, que al verlos quedó en silencio.

—Alumno nuevo —dijo la vieja, lo dejó y se fue hasta la fogata más lejana.

—Sentate, ponete cómodo —dijo un viejo panzón.

Los miró. No conocía a ninguno, no eran del Grupo. Si no hubiera sido porque podía ver a la vieja Goro allá lejos, habría salido corriendo.

Le pusieron un papel en las manos. Tenía dibujos y símbolos. Enseguida se acordó del que guardaba la vieja entre las tetas.

Levantó la cabeza asustado. Algunos sonreían.

En ese momento vio, sentadas en la fogata más cercana, a Rara y a Rarita, que miraban concentradas para abajo.

El viejo panzón dijo:

—La eme con la a, ma. La pe con la a, pa.

## La Tini

La Tini empezó a tener más frío. Trataba de dormir entre el Urso y Plop.

–Siempre hace frío –se reía el Urso.

Se le agrandaron las tetas. Y tenía más sueño.

Cuando le tocó hacer guardia, la Tini se durmió. El Subsecretario le pegó tres garrotazos.

–Te preñaste –dijo el Urso.

Los embarazos no eran muchos, pero no eran raros. Los viejos del Grupo decían que dependían de cómo se comía. Cuanto más hambre, menos preñadas.

La Tini ya estaba en edad.

Se fue al borde del Asentamiento. Se sentó mirando para afuera.

Quería sacárselo. Pero la última que lo había intentado se había muerto toda podrida por dentro.

Tenía miedo. Si se decidía una migración sería difícil sobrevivir.

No quería cuidar a nadie. Las crías, si no las cuidaban, se morían. No le importaba mucho, pero veía que todas las preñadas después protegían a sus crías.

Muchas también las ahogaban apenas salían. Sobre todo a los opas. Había bastantes opas.

Ella no quería cuidar a nadie. No quería el cuerpo pesado, que no la dejara correr o pelear. Si había ataque, jauría o manada de gatos no sobreviviría.

No quería que nada le creciera dentro. Como las ratas gordas que habían salido una vez de un muerto que habían encontrado.

No quería que le saliera de adentro. Nunca había mirado, pero siempre se oían los gritos de dolor.

Dolor ya tenía. Bastante dolor tenía para que un opa le produjera más. Desde adentro.

Era un opa. Estaba segura. O un deforme. Los había visto. Con los ojos pegados. O la cabeza chata y blanda como moco.

O ese que salió con dos bracitos cortos, como alas de pájaro.

O ese otro que parecía normal, pero era todo peludo. Y cuando empezó a crecer era todo peludo. Y el brujo dijo que había que matarlo. Nadie le creyó mucho, pero como había poca comida y estaban todos enojados, lo mataron.

O se le podía morir adentro. Estaba segura. Se le iba a morir adentro. Y le iban a cortar la panza y lo iban a sacar todo podrido. Y ella se iba a morir llena de gusanos. Ella había visto.

Había visto la gente con la panza llena de gusanos. Que los miraba, que se los sacaba con los dedos.

Y lo que ella tenía adentro lo imaginaba como un gusano. Era un gusano. Gris. Que se dividía en dos, y en dos. Y la iba a llenar de gusanos que le iban a salir por la boca, por la nariz, por el culo.

Se le acercó alguien desde atrás y le empezó a manosear las tetas. Sin mirarlo le pegó un codazo, supuso que en la cara. Y vomitó.

## El herido

Llegó un herido, caminando, arrastrándose.

Lo trajeron dos vigilantes. Lo tiraron en la Plaza. Plop pasaba por ahí y le dijeron:

—Ocupate.

Un Secretario de Brigada que también cruzaba la Plaza repitió:

—Ocupate.

Plop se alegró. Si se moría, tenía derecho a quedarse con alguna de sus cosas. Si se salvaba y quedaba bien, iba a contraer una deuda con él.

En el Grupo no siempre mataban a los de afuera.

Cuando llegaba un herido que podía salvarse y aportar lo curaban. Lo mantenían atado un tiempo hasta garantizar que no fuera agresivo. Y luego seguía vigilado otro período más. El único tabú era el sexo durante dos solsticios, hasta que se comprobaba que no tenía venéreas.

El Comisario General siempre decía:

—No somos salvajes. Si alguien sirve se lo acepta.

Este herido era un hombre grande. Tenía un tajo del hombre al estómago: Pero no parecía demasiado profundo.

Plop primero le aflojó los trapos que lo cubrían, buscando alguno no demasiado sucio para limpiar la herida.

Puso el que le pareció mejor donde sangraba más.

Luego, y antes de ir a buscar al sanador, se dedicó a revisar el bolso del hombre.

Un pedazo de carne seca, un cuchillo peor que el suyo y un bulto chico envuelto en plástico.

Si no hubiera sido por las clases no lo habría reconocido. Pero en las fogatas lo habían comentado.

Hasta ahora había visto papeles con palabras. Pero nunca había pensado que iba a encontrar un libro completo.

Se lo guardó antes de que lo viera alguien.

Fue a buscar al sanador. Cuando volvió, el herido ya había muerto.

## El Urso

La Tini y Plop se preguntaban qué le pasaba al Urso. Estaba cada vez más retraído.

Nunca había sido demasiado sociable. Pero con ellos era otra cosa. No se puede decir que compartieran todo, porque en el Grupo nadie compartía nada, pero eran de los pocos que a veces se ayudaban.

No participó ni cuando se hizo esa comilona general ni la vez que apareció la piara de chanchos salvajes y cazaron cinco.

Dejó de tener sexo. Intentaron, con la Tini, que jugara con ellos, que se usaran. Nada. Llevaron a una jovencita como alguna vez le habían gustado. No la miró.

Al principio podían verlo masturbándose en algún rincón. Después ni eso.

Se pasaba el día sentado en una piedra casi sin pestañear. Se movía sólo cuando el Secretario de Brigada lo llamaba.

Empezó a desaparecer días enteros.

Se preocuparon. Nadie pasa la noche fuera del Asentamiento sin un riesgo grande.

No intentaron hablar con él. Como decía el dicho: "Cada uno es dueño de su muerte".

Pero se preocuparon.

Una vez se fue por una semana. La noche que volvió, a Plop le tocó vigilancia y por eso lo vio venir. Pasó la guardia al primero que encontró y corrió a llamar a la Tini.

Estaba flaco, muy sucio, con un bulto de trapos atado a la espalda.

Le dieron de comer algo que tenían y lo que encontraron en su morral. Cuando intentaron desatar el bulto los espantó de un manotazo.

Lo desenvolvió él mismo. Era una opa. No podía tener más de dos o tres solsticios.

No eran raros los retardados. En general, apenas aparecía un primer síntoma las madres los sacrificaban.

A lo sumo sobrevivían hasta la siguiente migración.

Le preguntaron para qué la había traído. Plop comentó que para usarla era muy chica, pero que podría ganarse algún mérito aportando a la comida de los chanchos. El Urso lo acostó del golpe.

La levantó y se la puso en las rodillas. Se miraron a los ojos. Largo rato. Cuando Plop y la Tini se fueron, mucho tiempo después, seguían inmóviles, en silencio.

Al principio hubo algunas burlas, pero el Urso era muy grande y los graciosos decidieron que era más saludable no meterse.

Fabricó una mochila con trapo y sogas. La llevaba siempre a la espalda. Pasó a ser una figura familiar, el Urso caminando con la Opa atrás. La marca de su mierda chorreándole por la cintura y las piernas.

Aparecieron perros cimarrones. A él le tocó Voluntarios Uno para cazarlos y evitar que atacaran el Asentamiento.

Con la Tini le ofrecieron quedarse con la Opa mientras él no estuviera. Le juraron que, pese a que no servía para nada, no iban a reciclarla. Que la iban a cuidar. Que con eso a la espalda podía moverse menos y era un bocado más atractivo para los animales hambrientos.

Los miró sin hablar. Sólo pasó la mochila de la espalda al pecho. Se dio vuelta y se quedó inmóvil. La Tini entendió y le ajustó las correas para que no se le moviera.

En la caza perdió un dedo meñique. Los que estaban con él dijeron que no habría ocurrido si no hubiera tenido esa cosa en el pecho.

Plop no aguantó más y a los gritos le exigió que le dijera el motivo que tenía para llevar ese pedazo de carne babeante todo el tiempo encima.

-Es mi mascota -fue todo lo que dijo.

## Parto

La Tini los despertó con los gritos. Se oyó un coro de protestas de los que querían dormir.

Había sido un día duro. La lluvia hacía una luna que era más fuerte que de costumbre, era un mar de barro, los habían atacado, había poca comida.

Todos estaban de mal humor.

La amordazaron para que nadie le tirara algo por la cabeza. Ella los miraba con los ojos muy grandes.

Se puso en cuclillas. Gimió. Movi6 los brazos como si volara.

Entendieron, y la agarraron, el Urso de un lado, Plop del otro.

Se retorcia. Estaba empapada en sudor y lluvia.

Alguien volvió a protestar, pero se calló después de la amenaza del Urso.

De entre las piernas empezó a salir algo. Plop pensó en un cerdo ensangrentado.

El Urso continuaba agarrándola con una mano. Con la otra, aferró la cosa que le salía y tiró en el momento en que ella se volvía a retorcer y gemía todo lo que la mordaza la dejaba.

Eso cayó en el barro. El Urso lo levantó de las patas. Era un machito. No se veía ninguna deformidad.

La Tini siguió empujando. Cayó una masa de carne blanda, ensangrentada.

Ella pidió un cuchillo y cortó el tubo que la unía con la cría.

Plop se llevó el resto que había largado para darle de comer a los chanchos.

Mientras caminaba pensaba que, con la lluvia y los gemidos, pese a haber caído en el barro, no había podido escuchar si había hecho plop.

## El árbol

Los exploradores y los viejos siempre cuentan. Hay un árbol. El Grupo de Plop nunca pasó por ahí, pero muchos lo vieron.

Dicen que siempre hay gente alrededor. Que hay un grupo que vive ahí. Que no migran, que siempre están ahí. Se llaman a sí mismos los Guardianes del Árbol. Pero también dicen que nadie más les dice así.

Allí siempre hay mucha gente. Otros grupos también, que nunca están mucho tiempo en un lugar, pasan en su deambular y se quedan unos días. O sea, que ahí siempre falta comida. Pero nadie se pelea, nadie se ataca.

El terreno es plano, sin matorrales. Sólo el árbol.

Los que pasan dejan cosas, pero los Guardianes las sacan, las tiran afuera, todo en el mismo lugar. Limpiar, lo llaman. Hay partes de pura tierra, barro. Sin pedazos de alambre, ni de vidrio, ni de madera rota. Sólo tierra.

Todos pasan el tiempo mirando el árbol. Los visitantes un par de días. Los Guardianes siempre.

De tanto en tanto aparecen algunos locos que tratan de voltearlo, de quemarlo. El resto siempre lo defiende. En esas oportunidades corre sangre, todos contra los que atacan el árbol.

Es raquítrico, tiene cuatro o cinco ramas, la altura de dos hombres. Nunca tiene hojas.

También alguno trata de colgarse del cuello. No lo dejan, para que no rompa las ramas. Para eso tienen unos hierros ahí al lado.

Plop siempre tuvo ganas de verlo. Se lo describieron, inclusive se lo dibujaron en el suelo. Pero no se lo puede imaginar.

## Encuentro

Se acostumbraron a volver juntos de las clases.

Plop ya había pasado a la segunda fogata y se sentaba al lado de Rarita.

Ella le contó que leía desde hacía mucho. Que si no lo hacía mejor era porque su familia no tenía papeles con palabras para darle.

Él nunca se pudo acostumbrar a esa referencia de parentesco.

Una noche le dijo que se apartaran un poco del camino. Ella dudó, porque no era seguro. Él insistió que tenía algo importante que mostrarle. Había un poco de claridad, porque curiosamente no llovía.

Él le enseñó el libro. Los ojos de ella se pusieron redondos.

Se sentaron cerca para combatir el frío y trataron de leer.

Él apoyó una mano en el muslo de ella y, mientras la escuchaba silabear las palabras torpemente, la fue subiendo, asustado.

La había visto pelear con varios que habían intentado usarla. Y ganar siempre.

Cuando la mano llegó al centro, lo encontró mojado. Metió los dedos. Ella jadeaba un poco.

Quiso subirse. Ella lo paró con un gesto. Obedeció de inmediato. La había visto partir huesos.

Ella le agarró la muñeca y empezó a moverla despacio.

—Más —dijo en un momento.

Plop entendió y metió más dedos. Ella los empujaba fuerte

para adentro. Con el pulgar acariciaba el botón hinchado que ella tenía afuera.

Se sacudía y gemía. Él había tomado su ritmo y sacudía el brazo al compás de los espasmos.

Ella gritó. Se acostó boca arriba y cerró los ojos.

Plop se subió e hizo lo suyo. Ella no se movió. Cuando se separaron, él le regaló el libro.

## Se muere

Plop estaba durmiendo abrazado a una mujer.

Llegó la Tini corriendo. Lo sacudió, esquivó el manotazo. Cuando abrió los ojos le dijo:

-Se muere.

Plop se levantó de un salto y corrió. Espantó a los golpes el círculo de gente alrededor, se arrodilló al lado y le agarró las manos flacas y arrugadas.

La vieja Goro lo miró desde lejos, tardó en reconocerlo.

-Hijo de puta -le dijo con una sonrisa parecida a una mueca.

-¿Te morís? -preguntó.

-Sí.

-No jodas.

-No jodo, el que se jode sos vos, que te quedás en este lugar de mierda.

Apenas pudo terminar en medio de toses y vómitos. Le agarró el brazo a Plop mientras con la mano hacía gestos para que los curiosos se fueran.

-Sacame el papel de las tetas -pudo articular.

Plop metió la mano entre las arrugas de la vieja y sacó el sobre que había visto varias veces, hacía mucho tiempo.

-Que no te lo roben, que vos siempre fuiste medio tarado. Ahí tenés algo para que aprendas.

-Yo tenía un libro -dijo Plop.

-¿Tenías un libro? Siempre fuiste un jodido. Pensé que te ibas a mejorar, pero ahora creo que no.

Y se murió.

A Plop le faltaba el aire. Recién cuando se dio vuelta notó que el grupo de curiosos había regresado. Dudó si los habían oído. Decidió que no.

Con el sobre amenazó al morbosos más cercano. El otro se alejó como si tuviera una brasa.

Plop nunca dejaba de asombrarse del poder que había emanado de la vieja Goro.

—Acá están sus secretos —dijo al aire, y sintió el miedo que circuló entre los asistentes.

Irrumpieron varios secretarios y el Comisario General. Todos se abrieron, salvo Plop, que no podía creer la importancia que le daban.

—Cereemonia —indicó el Comisario General.

Hacía mucho tiempo que no se hacía una. Estaban reservadas para personas como secretarios o brujos, y en este último caso más por miedo a su posible magia que por respeto.

Era la única vez, que Plop supiera, que se hacía una cereemonia fúnebre para alguien de Servicios Dos.

Y sabía el papel que le tocaba.

## La ceremonia

Los de Comando llegaron en masa. Armaron una camilla con palos y alambres.

La pusieron sobre una estructura más alta que el más alto de los miembros del Grupo. A Plop lo sentaron debajo.

Despacharon vigilantes para avisar a los grupos cercanos. Se sentaron rodeando el cuerpo y con las manos golpearon: Ta, ta ta, tatá.

La gente del Grupo caminaba alrededor, en un Karibom amargo y lúgubre.

Todo el día y toda la noche. Nadie comía. Sólo tomaban agua, ninguna otra cosa.

De otros grupos llegaba gente. Algunos con la cara tiznada. Plop no podía creer lo que pasaba.

Cuando aclaró, la ronda se detuvo. Los más jóvenes se pusieron la camilla con la vieja Goro sobre los hombros. El resto se paró detrás, ordenados por jerarquía.

A Plop lo colocaron delante del cortejo y le alcanzaron unos hierros que debía golpear, marcando el ritmo de los pasos.

Dieron la vuelta a todo el Asentamiento, nadie debía dejar de estar presente.

Cuando volvieron al lugar donde siempre había dormido la vieja, ya habían preparado un soporte para la camilla, que quedaba a la altura del ombligo de Plop, y un fuego delante.

La colocaron allí, le dieron a Plop un cuchillo muy afilado y se corrieron para atrás, rodeándolo. Las manos de todos volvieron a marcar el ritmo.

Plop empezó a cortar la ropa de la vieja y a tirarla al fuego. Cuando estuvo desnuda miró a la gente alrededor. Nadie lo miraba. Los ojos clavados en el cuerpo.

Siguió buscando hasta que encontró a la Tini y al Urso, abrazados. Ellos sí lo miraban.

Hundió el cuchillo en el estómago de la vieja Goro y empezó a cortar hacia el esternón. Despacio. Con esfuerzo.

Los huesos se resistían. En el pecho tuvo que sacar el cuchillo y golpear, como con un hacha. Sonaba a hueco.

Cuando llegó al cuello dejó el instrumento y con las manos abrió las costillas. Se lastimó un dedo con una astilla de hueso. Su sangre se mezcló con la de la vieja. Nadie se dio cuenta.

Ahí estaba la vieja por adentro. No era la misma. Era carne, sangre.

Cortó los pulmones y los llevó al fuego. El estómago tenía quistes del tamaño de un puño. Lo extrajo lo mejor que pudo y fue de nuevo hasta la fogata.

Un riñón se lo dio al Secretario de Recreación, el otro al de Voluntarios, el hígado al de Comando, el corazón al Comisario General.

Con la punta del cuchillo empezó a cortar la articulación del maxilar inferior.

Terminó de sacar la mandíbula. La cara de la vieja Goro era una masa de flecos rojos, que mostraba la garganta como un agujero hacia el centro de la tierra.

Le acercaron un cordel con el que se colgó el maxilar del cuello.

En ese momento, los secretarios tomaron los órganos que tenían en las manos y se los frotaron por las caras. Luego cada uno dio un mordisco.

Todavía masticando se pusieron en fila frente a Plop y de las manos de ellos tuvo que morder un bocado de cada uno.

Vomitó dos veces, entretanto.

Tiraron los órganos al fuego, y el Grupo entero se paró en fila frente al resto del cuerpo.

Plop cortó, pedazo a pedazo, el cadáver de la vieja. Cada articulación debía ser separada y el trozo entregado al siguiente de la fila. Las manos, los pies y la columna le dieron mucho trabajo.

El cráneo debía ir al fuego. Levantó la cabeza sin mandíbula. Miró los ojos opacos antes de tirarla.

Lloró.

## La Tini y el Urso

Se juntaban cada vez más. Plop no entendía qué compartían. Ni siquiera tenían sexo.

Acercarse a la Tini para usarla, estando al lado del Urso, era un suicidio. Bastaba con que ella dijera "¡no!" para recibir el golpe del otro.

Ambos con su cría a cuestas: la Tini con su hijo y el Urso con su Opa. Todo el día de acá para allá.

Aunque la Opa del Urso era cuatro solsticios mayor, como no podía hacer nada, en la práctica eran dos chicos de la misma edad.

Era muy curioso verlos jugar de igual a igual: la Opa doblaba en tamaño al de la Tini.

El Urso seguía acaparando a la Opa. La Tini era el único adulto que tenía permitido tocarla o alzarla.

En el Grupo, empezaron las murmuraciones: no era normal que dos personas estuvieran siempre juntas y en exclusividad. Era raro. Algunos los miraban mal.

Otros fueron a hablar con el Secretario de Servicios.

Los echó a los gritos diciéndoles si pensaban que él no tenía nada mejor que hacer que ocuparse de todos los locos que estaban en su Brigada.

Plop intentó hablar con ellos. El Urso siempre había sido muy callado. La Tini contestó que él no los podía entender, que estaban en otra cosa.

Plop argumentó que mucha gente tenía cría y no le pasaba eso, que no se aislaba, que no dejaba de tener sexo, que no se separaba de los amigos.

-Los amigos son los que quieren lo mismo que uno. Los amigos son los que están junto a los amigos -dijo el Urso.

-Y yo estoy con ustedes -argumentó Plop.

-Vos querés otra cosa. Vos querés más que nosotros -dijo la Tini.

Plop se fue. No entendía demasiado.

## El segundo escalón

Había que elegir Secretario de Brigada. Eso pasaba cada cuatro solsticios.

Nunca cambiaba nada, pero igual se hacía.

Después, los secretarios de Brigada volvían a elegir al mismo Comisario General.

Se juntaba toda la gente de las Brigadas Uno y formaba células. Nombraban un responsable de Célula. Los de las Brigadas Dos elegían, entre todos, sólo uno.

Después los nombrados se juntaban y designaban al Secretario de Brigada. El mismo que antes.

Nunca convenía intentar cambiar, porque la vida era muy difícil para el que perdía. Había un dicho: "Más difícil que sobrevivir con Secretario en contra".

Para que cambiara un Secretario, y más aún un Comisario General, tenía que ser muy malo, muy inútil.

En ese caso rara vez llegaba a las elecciones. En general tenía algún accidente o amanecía con el cuello abierto.

Por eso los secretarios cuidaban muy bien a sus amigos, sobre todo a su segundo, el Sub, como se le decía.

El Sub era el que los reemplazaba por ausencia. O muerte, que era el modo de cambio más frecuente.

Plop quería ser Secretario. Pero sabía que no podía proponerse.

Empezó a acercarse al Sub, mucho tiempo antes del solsticio. Simplemente quedándose cerca, a la vista, consiguió que lo llamara para hacer cada cosa que se le ocurriera.

Empezó también a seguirlo, a estudiar su vida, a quién

usaba, qué comía. Descubrió entre otras cosas que cada vez que podía se iba a dormir borracho y que todas las noches, en cualquier estado que estuviera, iba antes al retrete del Secretario.

Aunque los únicos que tenían derecho a uno eran el Comisario y los secretarios, el Sub era muy amigo de su Secretario y este lo dejaba usar el suyo.

Plop se hizo necesario. Siempre cumplía los pedidos del Sub de modo rápido y eficiente.

Después se hizo amigo. Para conseguirlo lo ayudó la suerte.

Una vez que volvía solo desde las afueras del Asentamiento se encontró con un caminante. Le partió la cabeza con una piedra. Al revisarlo, descubrió un pellejo lleno de algún tipo de aguardiente.

Enseguida se lo llevó al Sub. Se emborracharon casi hasta perder el sentido. Antes, el Sub lo usó.

Al parecer le gustó, porque se acostumbró a cenar con él. Plop le llevaba la comida que conseguía y empezó a pasar hambre.

Después de comer, si no estaba muy borracho, el Sub lo usaba.

Se reían juntos. Plop le contaba los chismes de la Brigada. El Sub lo aliviaba de las tareas más pesadas.

Cuando no estaba borracho, Plop la pasaba bien con él.

Empezó a cazar ratas, vivas. Las guardaba en un tanque vacío fuera del Asentamiento. Les daba comida, poca, la suficiente para que no se mataran entre sí.

Llegó a tener casi veinte. Su hambre aumentó.

Una noche consiguió mucho licor. Comieron juntos. El Sub lo usó dos veces. Plop le dio mucha comida y mucho alcohol.

Cuando estaba muy borracho, lo masturbó. Apenas podía moverse.

Lo arrastró hasta el retrete. Primero metió en el agujero una bolsa con las ratas. Dejó afuera la soga que la abría. Tenía otras dos en una bolsa más chica.

Sentó al Sub tapando todo el agujero del retrete.

Le abrió la boca y apoyó ahí la bolsa más chica. La primera rata quiso escaparse y se atascó en la garganta. La segunda, al encontrar el camino obstruido, la atacó y empezó a morder la lengua.

Plop apenas podía sostener las manos del Sub. Tardó mucho en desmayarse.

Entonces deshizo el nudo de la bolsa de abajo. Pese al desvanecimiento, el Sub volvió a debatirse al sentir que las ratas entraban en su cuerpo. Lo sostuvo apretado. La rata de la garganta no lo dejaba gritar.

Cuando calculó que la mayoría de los bichos ya estaban dentro del Sub, utilizó la soga para sacar la bolsa del retrete.

Cuando se fue, podía verse un movimiento en el vientre. A Plop le recordó lo que sentía cuando el Sub lo estaba usando.

Nadie había visto nada.

Buscó a alguien para usar. No encontró. Se tomó el resto del licor, se masturbó y se durmió.

Lo nombraron Sub porque al anterior se lo habían comido las ratas. No era una muerte tan rara.

## El hambre

Llovía. Hacía mucho que llovía. Y hacía mucho frío.

No había nada para comer. La chancha estaba preñada. Tenía guardia día y noche para que no se la comieran. Los cuerpos de los que morían la alimentaban.

El Comisario General había dicho que antes que sacrificar a la chancha, prefería comerse a su mujer.

Las mujeres parían hijos muertos.

Los exploradores en general no volvían. Uno estuvo fuera veinte días. Contó que se veía lo mismo en todos lados. Una migración no era posible.

Por lo menos no había perros salvajes.

Se formaron brigadas para ir a buscar comida. De la primera no se supo nada. De la segunda sobrevivió uno solo, que llegó herido. Antes de morir, contó de grupos atrincherados que atacaban a cualquiera que se acercase.

Se formó una tercera brigada.

Salieron de noche. Eran seis en total: el Jefe de Brigada, un explorador de Voluntarios Uno, un cazador, una mujer de Servicios Uno, Plop y Rarita.

Llevaban tres arcos y quince flechas. Y cuchillos. Y palos.

Caminaron toda la noche, evitando cualquier luz. No se cruzaron con nadie.

Al amanecer descansaron un rato. Rarita cazó una rata con una flecha que se partió. El Jefe le gritó. Cada flecha era preciosa.

Hirvieron la rata y tomaron el caldo. La carne le correspondió al Jefe y a ella, que la había cazado.

Caminaron todo el día. Despacio, tratando de que no los vieran.

Cruzaron dos campamentos quemados. En el segundo, los muertos estaban todavía tibios y uno tenía las piernas recién cortadas.

A la tarde durmieron, con dos de guardia. Por la noche continuaron, aterridos.

Al tercer día los atacaron. Tiraron tres flechas. Tres cayeron. Los atacantes retrocedieron. Recuperaron las flechas.

El Jefe indicó descanso. Empezó a cortar carne de una pierna.

La mujer de Servicios se negó a comer. Plop tragó con arcadas. Rarita lo tomó con naturalidad. Plop le preguntó si era la primera vez. Lo miró sin contestar.

Siguieron. Dos días más. Sin comer.

Mataron a dos personas, un hombre y una mujer. Tenían carne seca, que les duró otros tres días.

El paisaje de yuyos y montañas de basura no cambiaba. Pero nada para cazar. Ni perros, ni gatos, ni ratas. Ni gente.

La mujer de Servicios estaba demasiado débil para caminar. La abandonaron.

El Jefe empezó a hablar de volver. Sin llevar noticias al Grupo. Probablemente lo reciclaran por su fallo.

Cazaron un pájaro que resultó demasiado correoso para comer, pero que dio para otro caldo.

El terreno se elevaba un poco. Al final se veía algo que parecía los restos de una pared. El viento había juntado allí más basura que lo acostumbrado.

Subieron. Detrás apareció una superficie plana y brillante. Marrón, gris. Reflejaba las nubes.

Era una cinta que corría muy despacio, arrastrando una consistencia viscosa. Cada tanto se formaba una burbuja y reventaba, aumentando la fetidez.

Empezó a llover de nuevo. Las gotas se marcaban, hacían ondas concéntricas y desaparecían.

-Agua -dijo Rarita.

-Agua -dijo el Jefe.

Plop la miró asombrado. Había viajado y conocía cosas que él no. Él sabía de eso sólo por las historias de los viejos.

Claro que conocía el agua que se tomaba, la única que se podía tomar, la que se recogía de la lluvia.

Sabía que en esa, la que estaba delante de ellos, nada podía vivir. Que de noche probablemente brillara.

Le habían dicho que a veces se juntaba en charcos grandes que se llamaban "lagos". Que a veces, como en este caso, corría lenta.

Plop no se acordaba qué nombre le daban.

Decidieron ver qué había del otro lado. Caminaron paralelos al agua buscando cómo cruzar. En un lugar había una viga de cemento que la atravesaba.

El Jefe mandó a Plop, que pasó haciendo equilibrio.

Después subió Rarita. En la mitad el puente improvisado se movió, ella tropezó y cayó de bruces al barro.

Los brazos se hundieron hasta los codos, después las manos patinaron y quedó acostada, boca abajo, la mitad del cuerpo enterrado en el líquido.

Levantó la cara rápido y los miró. A Plop primero, que desvió la vista.

Rarita entendió. Empezó por tirar el cuchillo, después el arco y las flechas que tenía.

Se fue sacando la ropa que se podía aprovechar.

El resto se sentó, la mayoría de un lado, Plop del otro. La miraban.

Ella se arrodilló y los fue mirando de a uno. Quedó de costado al grupo, con los ojos fijos en Plop.

Cuando aparecieron las primeras llagas él se levantó.

Rarita empezó a emitir una serie de sonidos parecidos a maullidos largos, graves. Plop pensó que debía dolerle mucho.

Cuando él cruzó la viga, los ojos de Rarita eran dos agujeros negros que chorreaban. Ella no se movió. Probablemente ya ni pudiera oír.

Plop no miró atrás. Empezaron a volver.

Recordó a una mujer joven que había tenido sexo con él antes de salir. Decidió buscarla otra vez, si conseguían regresar.

Tardaron una semana. Llegaron casi muertos.

## El ataque

Plop dormía entre la masa de cuerpos que habían estado juntos. Sintió un ruido y algo le salpicó la cara.

Se levantó de golpe, manoteando en busca del cuchillo. No encontró otra cosa que el gesto furioso de un hombre con un palo en la mano, por el que todavía chorreaba la sangre de la mujer que había estado al lado de Plop.

El atacante se desconcertó con el salto. Eso le dio tiempo a Plop para pegarle un cabezazo en la nariz y voltearlo de espaldas. Le quitó la estaca de las manos y se la hundió de punta en el esternón.

Recién entonces pudo mirar alrededor. El griterío era general. Él estaba cerca del centro del Asentamiento, de la Plaza.

Supuso que el ataque había venido de todos lados y debía haber sido muy fuerte para que llegaran tan rápido adonde él estaba.

Algunos de los compañeros de la noche anterior tenían la cabeza destrozada. Otros, sentados en el suelo, parecían completamente desconcertados.

Se abalanzó sobre su cuchillo y pateó a los otros para que se levantaran. En la boca tenía el gusto áspero de la sangre y los sesos de su compañera.

Tuvo ganas de matar invasores. Sonrió y se asombró de su propio gesto.

Le pareció que en la Plaza se estaba armando un grupo de defensa. Corrió. Al pasar cerca del refugio de los Raros se desvió y agarró un arco y algunas flechas.

Llegando a la Plaza escuchó el sonido de la ballesta de Rarro. Casi soltó una carcajada. Sabía que provocaba pánico en cualquier rival.

Se acercó despacio para que sus propios compañeros no lo atacaran. Para entrar, flechó por la espalda a un invasor.

Como había supuesto, la ballesta, junto con las flechas, estaban haciendo retroceder a los enemigos.

Se juntó con su Secretario de Brigada y empezaron a avanzar.

Ahora el objetivo era otro: conseguir la mayor cantidad de cosas que tuvieran los muertos, armas, ropa, lo que fuera.

Plop gritaba, corría matando lo que quedaba vivo, resistiendo la tentación de chupar la sangre que le empapaba las manos.

Consiguieron expulsarlos del círculo del Asentamiento.

Plop se trezó con una mujer que peleaba como gata parida. Intentaba pegarle en las tetas para paralizarla. Finalmente ella cayó y Plop pudo golpearle la cabeza contra una piedra hasta que dejó de moverse.

Apenas se levantó, vio que el Secretario peleaba contra un atacante que lo amenazaba con un hierro aguzado a modo de lanza.

Plop se acercó por detrás del agresor. A último momento se corrió para que el Secretario lo viera. El otro lo miró con asombro. El agresor tuvo un instante para enterrar su clava en el estómago del Secretario.

Mientras cortaba la garganta del extranjero pudo ver la mirada de odio de su Jefe.

Plop le sacó la lanza del estómago y se la clavó en el pecho.

Cuando terminó la batalla, se proclamó Secretario de la Brigada de Servicios.

## El descubrimiento

Plop estaba aburrido.

Era de mañana temprano. Miró el resplandor pálido del sol tras las nubes. Nunca nadie iba para ese lado. O por lo menos nadie volvía.

Pasaron un par de chicos recién incorporados a Servicios Dos, muy jóvenes. Ni siquiera sabía sus nombres.

–Ustedes: agarren sus cuchillos o hierros y vamos.

Caminaron toda la mañana. Los dos chicos estaban asustados, no entendían el motivo de la excursión. Plop iba detrás de ellos, en silencio, con el arco en la mano.

Encontraron un Asentamiento reducido, apenas un grupo de miserables. Plop dudó. Decidió bordearlos, parecían demasiado pobres para tener algo interesante.

Los chicos le preguntaron si podían buscar comida. Plop no tenía hambre. Ni siquiera les contestó. Su malhumor empezaba a aumentar.

Llegaron a una gran superficie plana. La lluvia había lavado algunas partes y bajo el barro se veía que era de metal. Oxidado, como todo.

Plop mandó adelante al chico más débil. Estaba aterrado, caminaba vacilante.

–¡Más rápido! –gritó Plop.

El otro no aceleró. Plop colocó una flecha en el arco.

–¡Corriendo! –aulló.

La respuesta fue un trote. De pronto desapareció.

Plop y el otro avanzaron muy despacio. Plop detrás.

Caminaron sobre los hierros llenos de barro con infinito

cuidado. En algunas partes era muy resbaloso. Llegaron al lugar donde el primero había caído. Había cedido una plancha metálica.

Estaba abajo, la cabeza formando con el cuello un ángulo que no era natural.

Pese a la poca luz, se veía que el espacio en donde había caído era grande.

Rebuscaron en los alrededores. Fabricaron con alambre y cables una soga para bajar.

Al llegar al fondo no perdieron demasiado tiempo con el muerto. Sólo le sacaron lo que se podía aprovechar.

Cuando los ojos se acostumbraron a la penumbra, vieron un inmenso espacio en el que cada tanto se filtraba la lluvia y algunos pobres rayos de luz.

El suelo parecía sólido, de un material poroso y gris.

Fueron, con mucho cuidado, hacia unas sombras que parecían estructuras.

Eran altas pilas de cajas. Muchas. Ordenadas en filas.

Las bordearon, hasta que un rayo de luz iluminó una caja justo sobre la etiqueta.

Plop leyó con lentitud. Varias veces.

Primero para entender lo escrito. Después para poder creer lo que leía.

El jovencito le preguntaba desde atrás.

—¿Qué es? ¿Entendés qué es?

Plop se dio vuelta, lentamente. Lo miró fijo a los ojos, con el cuchillo en la mano.

—Yo sé —dijo, mientras le hundía el cuchillo en el estómago y lo subía hasta donde permitía el estemón.

## El depósito

Volvió con los dos cuchillos y los dos pares de sandalias.

–Nos atacaron –dijo.

Nadie se sorprendió.

Se acostumbraron a que Plop desapareciera días enteros. En general iba al depósito, pero a veces también vagaba por ahí.

Tardó mucho en recorrerlo todo y en enterarse qué había en cada caja. Aprendió palabras nuevas. Y a muchas las asoció con sabores, con texturas. Se convirtió en un experto en abrir latas.

No todo era comida. Muchas cajas estaban llenas de objetos cuya utilidad no podía imaginar. Algunos tenían palabras escritas como “on” u “off”, palancas, botones que no producían ningún efecto si se los accionaba.

Encontró una caja con unos cuchillos muy largos, con el rótulo de “machetes”. No llevó ninguno al Asentamiento. Podían ser útiles más adelante.

Un día escuchó un ruido arriba. Subió con cuidado.

Había una mujer enorme. La atacaban tres hombres. Ella tenía un palo envuelto en alambre en la mano derecha y una hoja metálica afilada en la izquierda.

Estaba vestida de cuero y metal. Plop nunca había visto nada parecido. Inclusive se protegía la cabeza con una caperuza con piezas de chapa.

De la cintura le colgaban objetos, armas. En las pantorriñas tenía cuchillos atados.

Plop pensó en un ser cuyo único objetivo era pelear, matar.

Era feroz en el combate. Los otros intentaban rodearla, ella giraba todo el tiempo. Golpeando. Hiriendo.

Cayó uno con el cuello partido. Los otros dos sangraban. Ella también.

Plop vio que se estaban acercando al agujero en la chapa, que él apenas había podido disimular. No tenía tiempo más que para volver a bajar y preparar el arco.

La mujer cayó en el agujero, arrastrando a uno de sus enemigos. Plop estaba listo.

Cuando la cabeza del de arriba asomó por el hueco, recibió una flecha en la boca.

Con un machete abrió el pecho del otro. Saltó hacia atrás para esquivar el golpe de la mujer.

Se miraron inmóviles. Ella tenía las pantorrillas en ángulo recto con los muslos. Tenía que dolerle mucho. Plop sonrió.

Ella se encogió, sus manos se agacharon y dos cuchillos volaron hacia el pecho de Plop, que apenas pudo dar un salto, esquivarlos y volver a sonreír.

Se alejó y se sentó a comer, sin dejar de mirarla. Ella se desmayó.

Pasó mucho tiempo. Plop tenía sueño, pero resistía. Al final la mujerona se movió. Apenas abrió los ojos, sus manos tomaron actitud de combate. Intentó pararse. El grito retumbó en el depósito. Volvió a desmayarse.

Plop se dio cuenta de que también tenía rota la cadera. Perfecto.

Abrió una lata, puso agua en un cuenco. Los empujó cerca del cuerpo caído. Y siguió esperando.

Un rato después ella abrió nuevamente los ojos. Lo primero que vio fue la comida. Miró a Plop con desconfianza. Intentó arrastrarse pero el dolor no la dejó. Pareció darse cuenta de su situación. Entonces comió, al principio con recelo, luego con avidez.

Plop armó una barrera alta de latas alrededor de la mujer, se alejó lo más que pudo y se durmió. Lo despertó el ruido.

Saltó. Ella se había arrastrado hasta el borde y estaba tratando de abrir una lata con un cuchillo.

Plop se acercó despacio. Ella no se inmutó. Plop estaba admirado de su capacidad de adaptación. Ya había comprendido que no quería matarla.

Se fue la luz. Plop nunca encendía fuego en el depósito para no ser descubierto desde afuera.

Hizo otra barrera de latas y se durmió.

Se despertó con un cuchillo en la garganta.

-¡No! -fue lo único que pudo articular.

La otra vaciló.

Plop habló, claro y despacio. Esperaba que lo entendiera.

Le dijo que ella no iba a poder salir de ahí, que nunca iba a volver a caminar. Que matarlo sería suicidarse.

La punta del cuchillo dejó de presionarle el cuello.

Plop siguió explicando. Que él no la había matado porque la necesitaba. Que podía garantizarle una buena vida. Que ahí había comida y agua para siempre, y protección de la lluvia. Que podía construir un rincón donde prender fuego.

Ella se alejó un poco. Plop saltó hacia atrás y se escondió detrás de una pila de cajas. Desde ahí le disparó dos flechas que pasaron muy cerca.

Reapareció con el arco nuevamente tenso, apuntándole al pecho. La mujer lo miraba con odio.

Él señaló una lata, que estaba sola en el suelo. Cuando ella miró, Plop atravesó el tarro con la flecha.

Se acercó y le ofreció el contenido para que comiera.

Ella se rió, había entendido. Y por primera vez habló.

Tenía una voz gutural y le costaba modular. Plop se dio cuenta de que apenas podía articular los pensamientos.

Era maravillosa. Una máquina de pelea.

La mujer consiguió preguntar qué quería de ella. Plop le explicó que necesitaba que le enseñara a pelear a él y a quien él trajera.

Ella dijo que no se enseñaba, que se peleaba.

Plop dijo que no importaba, que podían probar.

Ella pidió que la matara, que no quería vivir sin caminar. Él contestó que cuanto antes le enseñara a pelear, antes podría morir.

-Es justo -dijo la Guerrera.

## La Secta

Pasaron varias lunas. Y volvió el frío. Como siempre, eso significaba hambre.

La gente del Grupo empezó a retraerse. Se reunían los que tenían alguna afinidad o se necesitaban. De noche se dormía poco y mal. Por el vacío en el estómago, por el miedo a los robos, los pocos que tenían algo.

Alrededor de Plop se juntaron algunos jóvenes. Lo veían decidido y con ánimo.

Plop empezó a traer comida, que daba sólo a algunos. A los más fuertes, los más despiertos, los más audaces.

A esos los trataba mejor. Y nadie decía nada. Los menos favorecidos terminaron por retirarse.

Los que quedaron empezaron a sentirse un grupo. Selecto, mejor alimentado.

Todos eran agresivos. Todos admiraban a Plop. Él no los usaba, a menos que se lo pidieran.

La Tini y el Urso lo miraban de lejos.

Se iba con sus elegidos por días enteros. Nadie sabía qué hacía con ellos. Pero todos empezaron a pelear mejor.

Elegió a las mujeres más jóvenes y que más le gustaban. Ellas también empezaron a comer mejor.

Nadie decía nada. Corrían rumores.

Cuando pasaba, todos lo miraban. Muchos con miedo.

Por sus informantes se enteró de que a su gente la llamaban "la Secta". Le gustó.

## El entrenamiento

Plop se los llevaba y ella los entrenaba.

Siempre los hacía pelear con ella, al final. Y ella les ganaba.

Y hacía con la boca una mueca que Plop sabía que era una sonrisa. Los demás no.

Le tenían terror. Pero nunca hería mucho a nadie. Ella decía: "si aprende pelea, no lastimo".

Eso era bueno. Porque para ser de la Secta había que pelear. Pasar por el entrenamiento. Y al final la pelea con ella. Desde el suelo, sin moverse, les ganaba. Y nunca mataba a ninguno.

Salvo una vez.

Porque él los elegía con cuidado, mucho cuidado. Pero una vez, una sola vez, se equivocó.

No aprendió. Lo intentaron los otros, con más experiencia. Lo intentó él. Y no aprendió.

Pero ya había visto el depósito y ya había visto a la Guerrera.

No podía ser de la Secta si no peleaba. No podía no ser de la Secta si había visto todo.

La Guerrera esperó a que peleara con los otros. Perdió, pero no salió lastimado.

La Guerrera miró a Plop. Él asintió con la cabeza, entonces ella miró al nuevo y le dijo que descansara, que iba a pelear con ella.

Lo dejó reposar un rato. Le dio un cuchillo. Lo esperó con las manos vacías.

En menos de lo que tarda una piedra en caer le había partido el cuello.

A todos les pareció bien. Porque si no se sabía pelear, no se podía estar en la Secta.

## Tercer escalón

Al Comisario General le molestaba Plop: tenía sobornados, con comida, a algunos de sus amigos.

Cuando pasaba cerca miraba para otro lado.

Había Asamblea para elegir nombres. Todo el mundo se juntó en la Plaza. En círculo. El Comisario estaba rodeado por los secretarios, como era la costumbre.

Salvo Plop, que estaba con la Secta en la parte opuesta del círculo.

Todo el mundo miraba hacia ambos lados, percibía la tensión.

Plop y su grupo proponían nombres. La gente los votaba más que a los del Comisario.

En mitad de la Asamblea, el Comisario se dio media vuelta y se fue. Sólo el Secretario de Comando lo acompañó. El resto atravesó la Plaza y se pasó del lado de Plop. El silencio tenía densidad de niebla.

La Asamblea continuó. Plop empezó a proponer nombres agradables. La gente se reía.

Al finalizar la Asamblea, Plop anunció que su gente había cazado e invitaba a comer carne a todos.

Nadie vio cómo se hizo la comida, nadie vio las pieles de la caza. Nadie descubrió tampoco las latas que habían vaciado para llenar las ollas.

Fue una fiesta.

Esa noche Plop abrió los ojos a tiempo para ver una figura que le saltaba encima con un cuchillo. Giró sobre sí mismo, pasando por arriba del cuerpo que dormía a su lado.

Una de su grupo cayó sobre el atacante y le abrió el cuello. Lo dieron vuelta. Era el Subsecretario de Comando.

Le llevaron la cabeza al Comisario General. Estaba despierto. Con él estaba el Secretario de Comando.

Entraron con los machetes. A la mañana, las tres cabezas estaban clavadas en medio de la Plaza.

No hizo falta convocar a Asamblea, todo el Grupo se juntó espontáneamente.

Dada la emergencia, Plop propuso hacer elección directa de Comisario General. Era muy inusual, pero nadie se negó.

Eligieron a Plop. La mitad votó contenta. La otra mitad, con miedo.

## Elegir mujer

Plop tenía que elegir. Porque era Comisario General tenía que elegir.

No podía esperar mucho. Era la costumbre. Plop sabía que las costumbres había que romperlas sólo cuando valía la pena. Cuando el beneficio era mayor que el castigo.

Porque siempre había castigo cuando se rompía una costumbre.

Esperó hasta que ya no pudo más.

Elegió a la más vieja del Grupo. Ella feliz, tenía garantizada la comida. Los viejos del Grupo lo quisieron.

El resto estaba desconcertado. A los de la Secta les pareció un buen chiste.

## Mesías

Aparecieron una mañana. Eran seis. Cuando el Grupo se despertó estaban sentados en la Plaza. Quietos. En ronda, con los ojos cerrados y el Mesías en el centro.

Claro que a esa altura nadie lo llamaba el Mesías.

Lo primero que hizo Plop fue mandar traer a los vigilantes de guardia. El que los había dejado pasar dijo que lo habían convencido de que eran pacíficos, que los había revisado y no tenían armas.

Plop sacó el cuchillo para degollarlo. El Mesías se levantó, corrió y se paró entre ambos.

–No tengo ningún problema en cortar dos gargantas en vez de una –sonrió Plop.

–Dámelo –habló por primera vez el otro, con una voz gutural y raspada.

–¿Cómo? –el asombro frenó a Plop.

–Dámelo, él creyó en mí, es mío.

–Acá nadie es de nadie, no tenemos esclavos –desafió Plop, más para su gente que para los recién llegados.

Miró alrededor: estaba casi todo el Grupo. Levantó el cuchillo, se puso de espaldas al Mesías y al vigilante. Gritó:

–El vigilante dejó pasar a los extranjeros: recicle, pira, aguja, despellejamiento, degüello o qué.

Los más jóvenes estaban por el degüello o por despellejarlo. A los más viejos, como siempre, las cosas les importaban menos.

El Mesías vio que perdía. Se dio vuelta, se paró detrás del vigilante y, de un solo movimiento, le partió el cuello.

Todo el mundo quedó impresionado.

-Perdón, no conocíamos las costumbres de este grupo.

Queremos quedarnos unos días -dijo.

Plop volvió a mirar a la gente. Algo en su interior le dijo que tenía que ceder.

-Bueno. Nada de sexo con nadie. Vos, vos, vos y vos, los vigilan siempre. Y algo tienen que aportar.

Sacaron carne salada, no mucha, pero suficiente para que Plop los aceptara.

Se quedaron.

## Prédicas

El Mesías se paraba en el centro de la Plaza, con sus cinco seguidores alrededor. Y hablaba.

Hablaba de otra tierra: Sana, la llamaba, la Tierra Sana.

Todos los días hablaba de eso, de una u otra manera.

Que existía, que él lo sabía, que los iba a llevar. Que allí no se pasaba hambre. No llovía siempre, no había barro, no hacía frío.

Que de la tierra salían cosas, llamadas plantas, y que daban comida, frutos.

Que eran como los hongos y el musgo y se podían comer. Que el agua no era negra, barrosa. No brillaba en la noche.

Corría limpia y se podía tomar.

En esa parte los que escuchaban se reían, salvo sus acólitos.

Todo el mundo sabía que la única que se podía tomar era la que caía del cielo. Y caía todo el tiempo.

Que apenas tocaba la tierra se pudría, negra, y cuando se acumulaba brillaba en la noche, y había que alejarse, para que las mujeres no empezaran a parir hijos deformes y a la gente no le crecieran bolas de carne desde adentro.

Pero el Mesías era convincente. Y sus compañeros no parecían locos ni tarados. Participaban en las tareas de Servicios Dos y Voluntarios Dos sin quejarse.

A los cinco días algunas mujeres del Grupo se quedaban a escucharlo. Y en los ratos de descanso se las veía oyendo la charla de los recién llegados.

Plop lo observó, pero no se preocupó. No era la primera vez que aparecía esa clase de charlatanes. De un modo u otro siempre prometían lo mismo: un mundo donde se viviera mejor.

Normalmente la gente los ignoraba, a veces alguno se iba con ellos, por lo general alguien bastante tonto.

Lo que estos profetas pretendían, según Plop, era que los demás trabajaran para ellos. Como eran demasiado flojos para ser líderes de algún grupo, se rodeaban de desesperados que buscaban que les solucionaran la vida.

Pero este era muy locuaz. Poco menos de una luna después, fueron cinco los miembros del Grupo que lo escuchaban todos los días. Y luego fueron casi veinte.

Plop se cansó. No estaba dispuesto a que un loco le quitara al Grupo fuerza de trabajo.

Se paró en el borde de la Plaza, escuchó la prédica. Siempre lo mismo: Tierra Sana, comida de las plantas y animales mansos para cazar.

Plop sabía de qué estaba hablando. Estaba en los papeles que tenía la vieja, en los libros que había usado para aprender a leer, en el que le había regalado a Rarita. Sabía lo que era un árbol, una fruta. Había visto los dibujos. Había comido de las latas del depósito.

Pero no le interesaba que el resto supiera que esas cosas habían existido. Además, estaba convencido de que ya no existían. Salvo en latas.

—¿Dónde es eso? —gritó.

—Yo los voy a llevar —contestó el otro.

—¿Y por qué? ¿Y cómo? —retrucó Plop.

—Yo veo lo que los demás no ven, y sé lo que los otros no saben, y escucho lo que el resto no escucha.

—Sí, sí, todo eso es muy lindo, pero ¿por qué no vas solo? ¿Por qué nos vas a salvar a todos nosotros?

El Mesías sonrió.

—Porque el camino es largo y difícil, y porque mi destino es el de todos. Daría mi mano derecha por estar ahí.

-Ah -dijo Plop.

Y se fue.

A la mañana siguiente, en medio de la Plaza apareció un palo con una mano derecha clavada en la punta.

El Mesías estaba tirado abajo, con la herida cauterizada por un hierro al rojo. Nadie entendió cómo no se había oído nada.

Estuvo acostado en el suelo todo el día. Nadie se le arrimó.

Al día siguiente, uno de los suyos le acercó comida y agua. Y una bolsa con algunas provisiones.

Se fue. Solo.

## La Esclava

Una mañana, mientras se acercaba al depósito, Plop vio una mancha que se escondía entre las montañas de desperdicios.

Corrió, rodeando.

Agarró por atrás a una chica, muy chica. Veinte solsticios lo máximo. Sola.

Se defendió como un gato. Mordió, pateó. Plop le sacudió cuatro bofetadas que la dejaron inerte.

La bajó al refugio colgando por los pies. La Guerrera miraba con los ojos grandes. Como de costumbre, no abrió la boca.

Plop le ató también las manos, la tiró al suelo y esperó a que se despertara.

Cuando se movió, vio la combinación de furia y terror con que lo miraba.

La usó por atrás. Dos veces. Después le pegó casi hasta desmayarla. Al rato la volvió a usar. Y otra paliza.

Le dejó indicaciones a la Guerrera de que no la tocara ni le hablara.

Volvió al día siguiente. Repitió la ceremonia. Pero esta vez le dio de comer y de beber después.

La nena estaba desesperada de hambre y sed.

La tuvo así una semana. Usándola y alimentándola una vez al día.

Luego instruyó a la Guerrera en un rincón. Esta tomó su colección de cuchillos y los puso en el suelo, enfrente de su cuerpo.

Plop colocó una madera lejos.

La Guerrera fue clavando los cuchillos en la madera, uno debajo del otro a la misma distancia.

La nena miraba. Sus ojos se detenían en la demostración de destreza.

Plop la desató y se fue.

Al día siguiente, cuando volvió, supo que todo se había desarrollado como lo había previsto: apenas se había ido, la nena había corrido hacia la escalera.

Cuando el primer cuchillo se le clavó a un palmo de la cabeza se detuvo. Miró a la Guerrera, que sonreía tranquila. Comprendió que no había sido un yerro y que no tenía ninguna posibilidad de salir viva.

Bajó y se arrimó a la Guerrera con la cabeza gacha. Esta le pidió que le acercara agua, que la limpiara, que le preparara la comida. Comieron juntas.

A la semana, ya no hizo falta atarla de noche.

Plop la usaba cuando tenía ganas. Pero en realidad era la Esclava de la Guerrera.

Una vez, Plop llegó de improviso y encontró a la Esclava con la cara entre las piernas de la Guerrera.

La cabeza se le movía rítmicamente. La boca escondida justo en la mitad de la entrepierna.

La Guerrera, con una sonrisa, respiraba fuerte al ritmo de la cabeza de la Esclava. Plop había creído que en su cara no era posible tanto gusto.

Tardó en comprender lo que estaban haciendo. Primero se horrorizó. Pero pronto se dio cuenta de que ese tabú era de su Grupo y la Guerrera no tenía por qué compartirlo.

Esperó pacientemente a que terminaran. Cuando la mujerona lo vio lo saludó.

Él le preguntó si era bueno. Ella le dijo que no podía creer que nunca lo hubiera probado.

Le hizo una seña a la Esclava y esta, sin levantar la vista, se arrodilló entre las piernas de Plop.

Le gustó, le gustó mucho.

En el camino de vuelta al Asentamiento, pensó que mientras nadie se enterara podía repetirlo.

El tabú era una cosa estúpida.

## El silencio

En el Asentamiento nadie le hablaba. Se acostumbró a ir al depósito y tener largas sesiones con la Esclava y conversaciones con la Guerrera.

Era una forma de decir, porque ella apenas emitía gruñidos.

Sin embargo aprendió a comprenderlos. Plop hablaba solo, analizaba lo que había hecho, lo que pensaba hacer. Razonaba en voz alta sus “medidas de gobierno”, como le gustaba llamarlas.

Ella lo miraba fijo mientras jugaba con un cuchillo. Según como reaccionaba, Plop se sentía afirmado o rechazado en su accionar.

Una vez ella lanzó el cuchillo violentamente. Le pasó a un palmo de la cabeza y fue a clavarse en un poste al fondo.

Fue la única vez que sintió que estaba haciendo algo mal. Modificó lo que planeaba.

Pero en el Asentamiento nadie le hablaba. Sólo cuando él les dirigía la palabra.

Cuando le querían decir algo, se paraban cerca y lo miraban fijo, hasta que él los interpelaba:

—¿Qué querés?

Recién entonces, temerosos, decían lo que tenían para decir.

Incluso cuando usaba a alguien, el otro tomaba una actitud pasiva y silenciosa. Dejó de tener sexo con la gente del Grupo. Lo hacía sólo con la boca de la Esclava.

En una partida de caza encontraron otro Asentamiento, Chico, pero bien provisto. No mataron a las mujeres porque en ese momento había pocas en el Grupo.

Se llevaron a las más jóvenes. Sólo dos escaparon; las restantes entendieron que no había un lugar mejor adonde ir.

Una de ellas se acercó a Plop la segunda noche. Él la dejó porque le gustó. Tenía caderas anchas.

Era evidente que ya le habían explicado los tabúes, porque mantuvo la boca bien cerrada. Pero empezó a jugar con las manos.

Cuando lo tuvo bien excitado se subió encima. Estaba tibia y mojada.

Plop quiso moverse. Ella lo frenó poniéndole las manos en los hombros. Lo último que notó fue que ahí cerca estaba la Tini, mirando divertida. El resto fue una tormenta que duró hasta el orgasmo.

Se acostumbró a la recién llegada. Casi no usaba a nadie más. Salvo en sus sesiones clandestinas en el depósito.

Con el correr de los días notó que el resto de los miembros del Grupo trataban a la recién llegada con deferencia.

Una vez, ella intentó hablarle de un problema de su Brigada. Él la calló de un golpe en la boca.

Una tarde, volvió del depósito más temprano que de costumbre. Encontró a la recién llegada sentada entre sus compañeras. Le llevaban comida y la peinaban.

La llamaban "reina".

Plop apareció a sus espaldas. Todas menos ella huyeron despavoridas.

Se dio vuelta y lo vio. Le comenzó a temblar la mandíbula y los ojos soltaron lágrimas.

-Perdón, perdón -balbuceaba.

-No quiero verte más.

Ella movió la cabeza de arriba abajo, retrocedió sin dejar de mirar a Plop. Nadie la volvió a ver.

Quedó solo de nuevo. Era mejor así.

## De rodillas

Llegó la Fiesta del Todo Vale. Alrededor de Plop estaba su gente. Todos bastante borrachos.

Cuando se dio la señal de comienzo, uno de ellos se arrojó delante de Plop, le extendió su machete y le presentó la garganta.

Los demás se miraron e hicieron lo mismo.

Plop se dio cuenta de que esperaban que le abriera el cuello a alguno. Eligió a su favorito.

Vomitó y se fue al depósito. Hizo que la Esclava lo chupara. Y se durmió.

## Los chanchos

Hacía falta comida. Siempre hacía falta, pero ahora era peor.

La gente estaba malhumorada. Surgían peleas sin motivo. Plop decidió llamar a una Asamblea. Dijo que había que conseguir más chanchos.

Que para vivir mejor y no tener más hambre hacían falta más chanchos.

Todos se dieron vuelta para mirar al "viejo cerdo": el único que los cuidaba.

Dormía con ellos. Vivía con ellos. Tenía sexo con ellos.

—Se va a morir —dijo Plop—. Y es el único que sabe cuidarlos. Le tiene que enseñar a alguien —concluyó.

El viejo miraba como si no se estuviera hablando de él.

Plop recorrió la Asamblea con la vista. Vio a la Tini y a su hijo, que le agarraba las piernas.

Doce solsticios tenía el crío. Plop lo señaló.

—Va a vivir con el viejo. Y aprender.

El chico caminó despacio, cruzando el círculo de gente. El viejo lo tomó de un hombro y lo paró a su lado.

Una luna después, por la mañana, escucharon gritos.

Los que llegaron primero encontraron al chico desnudo y estaqueado.

El viejo, con un cuchillo y salpicado de sangre. Los testículos del chico en la mano izquierda.

—Para que aprenda y obedezca mejor —dijo.

La Tini llegó corriendo al mismo tiempo que Plop.

Miró a su hijo. Miró a Plop. No dijo nada.

Se dio vuelta y salió caminando del Asentamiento. No volvió.

## El Urso juega

Plop miraba al Urso. El Urso, concentrado, no lo notaba.

Estaba frente a su Opa. Le tapaba la carita con una mano y decía:

-No ta. ¿Onde ta? ¡Aca ta!

La Opa se reía a carcajadas, el Urso también.

La Opa decía:

-Ota ve -y el Urso reiniciaba el juego.

Al rato, el Urso tapaba sus propios ojos y era la Opa quien decía:

-¿Onde ta? ¡Aca ta! ¡Ota ve!

Podían pasar mucho tiempo así.

Y Plop los miraba.

## La Guerrera

Plop estaba sentado frente al fuego. Solo. Nadie se le acercaba demasiado. De tanto en tanto, uno de los suyos echaba un leño.

Estaba borracho. Muy borracho. Las llamas lo mareaban, pero no dejaba de mirarlas. Veía figuras, caras. Mascullaba, nadie le prestaba atención, le hablaba al fuego:

–Siempre fue diferente. No hablaba. Nunca hablaba. Nunca más de tres palabras juntas.

”Sólo peleaba. Me enseñó a pelear, le enseñó a pelear a la Secta.

”Tampoco se reía jamás. Cuando tenía a la Esclava entre las piernas apenas hacía una mueca que parecía una sonrisa.

”La Guerrera también me enseñó eso, a tener a la Esclava entre las piernas, a usar la boca de la Esclava.

”Tenía todo. Tenía comida. Tenía sexo. No tenía frío, no tenía hambre. Tenía todo.

”Y estaba sola. A ella le gustaba así. No soportaba a los demás. A la Esclava sí. La Esclava no hablaba. Le daba comida, la lavaba. Y la chupaba. Después desaparecía. Estaba ahí pero era como si no estuviera. Se quedaba en cuclillas, mirándola. No se movía si no se la llamaba.

”Me gustaba la Guerrera.

”Yo la conocía. No estaba bien. Estaba mal.”

La última vez le había llevado alcohol. Le había preguntado. Le había preguntado qué quería.

–Yo cumplí. Te toca cumplir –contestó con su voz de metal. Como siempre, la Esclava miraba todo desde el rincón.

Plop se acordaba del pacto. No quería cumplirlo y se lo dijo.

-Tenés que cumplir -repitió ella.

Puso el cuchillo en el suelo, entre los dos. Plop lo agarró. Ella no se movió. Ni giró la cabeza cuando él se paró detrás. Ni siquiera cuando Plop le cortó el cuello.

Saltó la sangre y le salpicó el brazo y el pecho.

En la cara le había quedado una mueca.

-No pude encontrar a la Esclava. Volví al Asentamiento. No está. Ahora la Guerrera no está.

A nadie le llamaba la atención verlo lleno de sangre. Estaban acostumbrados.

Se durmió sentado frente al fuego.

## *El trono*

*Dos del Grupo se estaban peleando. Enseguida se armó público alrededor, con bandos que alentaban a uno y a otro.*

*Cuando Plop se acercó, la pelea se detuvo y los contendientes empezaron a hablar al mismo tiempo.*

*Los escuchó por turno. Miró a uno y dijo:*

*—No.*

*El otro saltó de alegría, el perdedor se alejó abrumado.*

*Se acercaron tres mujeres. Farfullaron un problema de comida, ropa, turnos de Voluntarios.*

*Plop decidió. Ellas acataron.*

*Esa noche se durmió con una sonrisa.*

*Varios días más tarde se repitió la escena. Plop se dio cuenta de que tenía que aprovecharlo.*

*Con sus seguidores construyó un asiento, de hierros viejos atados y forrado con trapos.*

*Lo colocó sobre una plataforma. Para ver mejor, dijo.*

*Cada cambio de luna se sentaba allí para realizar sus “audiencias de justicia”, como decidió llamarlas.*

*También se acostumbró a usarlo durante las ceremonias y las fiestas.*

*De vez en cuando aparecía algún conflicto mayor. En uno de ellos se enfureció y ejecutó al reo de un machetazo, sin bajar del trono.*

*Con el correr de las lunas, alrededor del trono se fue formando una mancha marrón, de sangre.*

## Los Boca Arriba

Habían salido a cazar. Sin rumbo fijo. Más para irse del Asentamiento que para buscar comida. Aunque siempre faltaba.

No encontraron nada importante. Cuando volvían pasaron por un Lugar de Cambio y truequearon lo poco que habían conseguido por alcohol.

Se sentaron y tomaron. Plop sobre todo. Estaban muy borrachos.

Caminaron sin rumbo fijo. Barro, matorrales, basura. Era de madrugada.

Plop daba gritos buscando con quién pelear. El resto se reía.

Se toparon con el Asentamiento de los Boca Arriba.

Era un grupo raro, al que nadie atacaba.

De hecho, cuando un grupo los cruzaba, siempre había alguno que abandonaba el suyo y se juntaba a los Boca Arriba.

Los llamaban así porque se tiraban de espaldas en el suelo, con la boca abierta.

Y se quedaban tendidos hasta ahogarse con la lluvia.

Por lo general, el que recién se incorporaba fallaba la primera vez. Pero se quedaba en el grupo hasta que lo conseguía.

Si alguno se moría lo dejaban ahí. Cuando se juntaban varios muertos se alejaban un poco.

Se podía identificar dónde estaban los Boca Arriba desde lejos, por las nubes de moscas.

Plop entró gritando al grupo con el cuchillo en la mano. Los pocos que no estaban acostados se dieron vuelta para mirarlo.

-¿Quieren morirse, hijos de puta? ¡Muéranse!

Y empezó a acuchillar a los que encontraba. Sentados o acostados. El resto de su gente empezó a hacer lo mismo.

Ningún Boca Arriba se resistió.

Cuando llegaron al Asentamiento estaban cubiertos de sangre. De algún modo, todos ya se habían enterado.

Nadie dijo nada. Nadie los miró.

## Fin del depósito

Plop estaba ocupado. Nunca había pensado que el Comisario tuviera tantas cosas que hacer. Los secretarios le preguntaban tonterías. Las nimiedades lo distraían todo el tiempo.

Casi no iba al depósito.

Desde que estaba vacío, además, no tenía ganas de ir.

Instruyó a algunos de la Secta para que reconocieran las latas. Ellos les pusieron nombres: Muchos colores, Redondos y amarillos o Carne, simplemente.

Una vez, lo despertaron en medio de la noche.

–Se quema, se quema, se quema –le dijeron al oído, agitados.

Sólo una cosa podía causar esa agitación: el depósito.

Saltó. Dio órdenes sin levantar la voz:

–Toda la Secta al depósito.

Corrió. De lejos podía ver el resplandor y se dio cuenta de que su error era grande, muy grande.

Imposible acercarse a la entrada. Todo el suelo de planchas de hierro era una sola superficie caliente. Algunas partes tenían un color rojo brillante.

Detrás, empezó a juntarse gente: primero los de la Secta, luego el resto del Grupo.

Estos últimos miraban sin comprender. Plop no se daba vuelta, pero sabía qué estaba pasando.

Hablaban entre sí, se hacían preguntas, intentaban sonsacar a su gente.

Los de la Secta estaban desconcertados. No sabían qué responder.

Se dio vuelta de golpe. Las bocas se cerraron, pero el ruido lo hacían las llamas, las latas que explotaban, las paredes que se derrumbaban.

–Una línea enfrente mío –gritó.

La Secta se formó, mirándolo.

Sacó el cuchillo, se ubicó en la fila enfrentando al resto del Grupo.

Entonces la fila se dio vuelta y también sacó los cuchillos. Plop avanzó despacio. La línea lo siguió. El resto retrocedía.

Cincuenta pasos. Se detuvo. Gritó tres nombres.

–Quedan de guardia. Nadie se acerca.

Y volvió a darse cuenta de que era un error. Que todo lo que estaba haciendo era un error. Que no podía tener guardia por siempre. Que no iba a poder mantener alejado al Grupo, el depósito era demasiado grande y tarde o temprano alguno iba a meterse.

Siguió obstinado en su error.

No se pudo bajar hasta casi una luna después. Durante ese tiempo mantuvo a la Secta aislada del resto. Todos los miraban. Plop no entendía si lo hacían con curiosidad u odio. Probablemente fuera una mezcla de ambos.

Fue poco lo que se pudo rescatar. No tenía sentido seguir escondiéndolo.

Llegó con cinco de los suyos y sacó los restos que valían la pena. Hizo una pila en el lugar donde dormía. Dejó dos hombres de guardia.

Alrededor se juntó gente. Entre ellos, estaba la que era su mujer.

–Queremos ver las latas –gritó ella.

Él levantó el brazo para pegarle. Ella lo enfrentó.

–Ya soy vieja, pegá tranquilo.

Bajó el brazo. Con una seña ordenó a la guardia que se retirara.

La gente parecía una jauría sobre un cadáver. Se llevaron todo. Hasta los trapos que él usaba para cubrirse a la noche.

## Las costumbres

Plop observó que las costumbres estaban cambiando: era raro que alguien usara a otro por la fuerza.

Lo vio en un Karibom. Cuando había resistencia, el pretendiente abandonaba y buscaba a otra persona. Inclusive con los de Servicios o Voluntarios Dos.

Eso estaba mal. Muy mal. Debilitaba al Grupo. Se perdía el concepto de fuerza, del poder del más fuerte.

Varios días estuvo pensando en el problema, hasta que se dio cuenta de que el responsable del cambio era él.

Él era el Comisario General. Él era el Jefe de la Secta. Él tenía poder de vida y muerte.

Y él no usaba a nadie por la fuerza. A los de la Secta, porque así se lo había propuesto. Al resto, porque no lo necesitaba: todo el tiempo recibía proposiciones de parte de lo mejor del Grupo.

En general, no tenía ganas.

Decidió hacer cambios.

Poco tiempo después hubo una Asamblea y Plop ordenó juntarla con los ritos de iniciación a las brigadas.

Se eligieron los nombres. Plop presidía callado desde su trono. No propuso nada, no dijo nada.

Observó uno a uno a los nuevos. Eran jóvenes, flacos y sucios.

Antes de que comenzara la iniciación, Plop se paró. Todos lo miraron. Señaló a una niña, la más gordita.

Uno de los suyos le llevó un pote con grasa; otro acercó a la chica.

Plop la tiró boca abajo sobre el trono, le untó la grasa entre las piernas y la usó por atrás.

Aunque la nena gritaba, como tenía la cara contra el trono no se le podía ver la lengua y nadie se preocupó.

Cuando terminó, a Plop le asombró ver que mucha gente se había puesto de espaldas a él.

## Batalla

Durante dos lunas estuvieron llegando refugiados. Venían aterrados. Muchos heridos. Algunos mutilados.

Todos contaban una historia parecida: ataque de un grupo, hombres y mujeres, feroces, sanguinarios.

No preparaban nada. Simplemente avanzaban y atacaban a toda la gente con que se encontraban, poca o mucha, organizada o no. Y la mataban.

Plop calculó que todavía tenían algunos días. Duplicó las guardias. Empezó a entrenar al Grupo entero. Requisó todos los cuchillos y los ocultó.

Los viejos y los chicos fabricaban flechas.

Plop envió a dos de la Secta a investigar. Volvió uno solo. Dijo que, comparados con el Grupo, no eran muchos. Pero todos peleaban. No tenían chicos ni viejos. Algunos eran muy jóvenes, otros grandes, pero todos por igual iban al combate.

No recogían a sus heridos. Había visto a una mujer preñada peleando a la par que el resto. Como no vio crías, se le ocurría que cuando nacían las sacrificaban. Y estaban por llegar.

Plop se asustó. Sacó los machetes y cuchillos escondidos y los repartió. Nadie preguntó de dónde habían salido.

Puso guardias lejos, que antes de morir sólo tenían que golpear un hierro.

Llegaron.

Plop los dejó avanzar hasta la Plaza, donde los esperaba el grueso del Grupo formando un cuadro cerrado. Antes de

que llegaran a la lucha cuerpo a cuerpo hizo que los arqueros atacaran desde los flancos. Así consiguió que pasaran furiosos por encima de los primeros muertos y se dividieran hacia los costados. En ese momento la Secta sorprendió a los atacantes desde atrás.

Ganaron. Hubo muchos muertos. De los atacantes sólo quedó vivo uno, que quiso quedarse en el Grupo. Lo dejaron.

Plop se paró sobre su trono. Dio un discurso en el que destacó el coraje de la gente y sobre todo de la Secta.

Muchos se fueron antes de que terminara de hablar. Plop interpretó que era por el cansancio.

## Raro

Los vigilantes habían visto un movimiento de gente cerca del Asentamiento.

Plop decidió ir a ver. Se llevó a dos de la Secta.

Pasó por donde dormían los Raros y le dijo a Raro que lo siguiera, con la ballesta. Él obedeció.

Fueron en la dirección que indicó el guardia. En silencio.

Eran seis. Iban sin esconderse, cuatro bien armados. Los otros dos eran esclavos, un varón viejo y una hembra preñada. Colgando de un palo llevaban una gran vejiga de burro llena de líquido.

Plop supo qué pasaba. Eran de un Lugar de Cambio y transportaban alcohol. Mucho. Por eso tanta vigilancia. Convencidos de su fuerza, iban tranquilos.

Plop miró a Raro. Sabía que él no mataba a sangre fría. Estiró la mano y Raro le dio la ballesta. Plop le pasó el arco a uno de la Secta.

En un instante, los cuatro guardias armados estaban en el suelo. Uno con una flecha clavada en el pecho, otro en un ojo, el tercero en el estómago, el cuarto en el hombro. Este era un problema: si se escapaba, las represalias serían muy graves.

Antes de que se levantara, Plop corrió, le pisó la cabeza y le enterró el cuchillo en la garganta.

Los esclavos miraban aterrados.

Plop dio instrucciones:

—El viejo no sirve. Le parten el cráneo de un golpe. La preñada, para lo que quieran.

Los dos de la Secta la pusieron en cuatro patas y la usaron. Su inmenso vientre se sacudía con los empujones. Ella gozaba. No tenía el tabú del Grupo. Jadeaba. Gemía con la boca abierta y la lengua afuera.

Plop estaba excitado. Raro se había dado cuenta, los otros no. Cuando terminaron con la preñada le cortaron el cuello. Por mostrar la lengua. Le sacaron el feto para los chanchos.

Raro sólo miraba, sin participar.

Se organizaron para el retorno. Quemaron los cuerpos. Mientras los de la Secta llevaban el alcohol, Raro y Plop hacían guardia.

Plop estaba eufórico.

Unos días antes, la batalla; ahora el alcohol. Dijo que iba a hacer una fiesta, que haría cambios en el Grupo.

Le propuso a Raro ser Subcomisario. Raro lo miró, no contestó. Siguió caminando.

Plop se dijo que iba a tener que matarlo.

## Alcohol

Plop planeó la fiesta para el atardecer. Tenía todo calculado. Tenía que conseguir que fueran felices, que lo siguieran.

Empezó a tomar temprano. Varias veces pensó que debía parar, pero no lo hizo. Cuando la luz empezó a bajar, convocó a la fiesta. Los de la Secta juntaron a todos en la Plaza. Repartieron alcohol, la cantidad que quisieran. Algunos estaban contentos. Había comida.

Plop no aguantaba más, quería que llegara el momento de anunciar el motivo de la fiesta. Temía apurarse. Estaba borracho. La gente no.

Decidió no esperar más. Se paró en su trono y proclamó:

–Este es el homenaje del Grupo a la vieja Goro. Hace poco vencimos en batalla. Hoy tenemos alcohol. El Grupo necesita cambios. El Grupo necesita el saber de la vieja Goro. Y yo voy a darle ese saber.

Sacó el sobre de cuero que se había colgado del cuello. Sacó los papeles de la vieja. Miró alrededor. No encontró las caras atentas que esperaba.

–Voy a leer.

Contó sus respiraciones. Una, dos, tres, cuatro, cinco.

–Voy a leer.

Conversaban, se formaban grupos.

Empezó a leer con dificultad. Con la lengua trabada.

*–Hace diez o quince mil millones de años, el Universo estaba atestado, aunque no había galaxias ni estrellas ni átomos.*

Nadie lo escuchaba. La gente se puso a marcar el ritmo y a bailar.

Él leía. Lo ignoraban.

Tiró los papeles al suelo, al barro.

Se dio cuenta de que debía tomar el machete y salir a cortar, a matar.

Pero no tenía ganas.

## La Guerrillera

Dos o tres veces cada luna Plop salía de expedición con algunos de la Secta. A veces, encontraban gente y conseguían cuchillos o un poco de ropa. Otras, cazaban.

Plop lo hacía para escaparse del tedio del Asentamiento. Pero casi siempre seguía el mismo camino.

Aquella vez eran cinco. Se pusieron en guardia cuando vieron delante una figura sentada en el suelo, que los miraba fijo.

Se acercaron despacio. La figura estaba inmóvil. Cuando se acercaron más se dieron cuenta de que era uno de ellos, uno de la Secta.

Tenía destrozada la parte de atrás de la cabeza. Para que se mantuviera sentado le habían colocado un palo que se le clavaba en la nuca. El palo estaba trabado con una piedra grande, manchada de sangre.

Del cuello le colgaba algo: los testículos.

Poco después, uno de los guardias de la mañana atrajo al resto a gritos. Al ir a tomar su puesto había encontrado muerto al vigilante de la noche: exactamente igual que el otro, sentado, castrado. En lugar de una piedra en la cabeza esta vez había sido un cuchillo en la espalda. También era del grupo selecto de Plop.

Plop se preocupó. Los de la Secta peleaban muy bien.

El tercero tenía una flecha en un ojo. Esto era más grave: nadie fuera del Grupo usaba arcos y flechas.

Dobló las guardias. Instruyó a sus secuaces para que nunca anduvieran solos.

A continuación fueron dos los cuerpos sentados, uno apoyado en la espalda del otro. Esta vez les habían puesto los testículos en la boca.

Plop decretó que nadie saliera del Asentamiento sin su permiso y sin estar acompañado por alguien de la Secta.

La gritería de protesta fue instantánea. La orden limitaba las posibilidades de los más débiles de conseguir comida. La orden significaba más hambre.

Plop hizo una seña y toda la Secta sacó cuchillos y machetes. Silencio.

Dos días después, en una zona de arbustos espinosos, atacaron con flechas a un grupo de cinco. Cayó uno, y el resto tuvo tiempo de esconderse. Cuando corrieron hacia el atacante no encontraron a nadie.

Plop empezó a preparar celadas. Mandaba a uno solo, con dos que lo seguían desde lejos. No pasó nada.

Cayó de casualidad.

Uno de los suyos seguía un perro cimarrón intentando cazarlo. Hacía el menor ruido posible. Le pareció verlo bajo unos hierros retorcidos.

Disparó la flecha, sin esperanza, y escuchó que caía un cuerpo.

Corrió.

A último momento, desde el lugar de la caída, salió una flecha que le rozó la cara. Apuró el paso antes de que el otro tuviera tiempo de tensar el arco nuevamente.

Se detuvo en seco sobre el enemigo caído, que lo miraba con odio.

Era la Tini.

## El duelo

Ataron a la Tini a un poste en medio de la Plaza.

Todo el Grupo estaba ahí. Plop daba vueltas en círculos.

No sabía qué hacer, y no quería que se dieran cuenta.

Se empezó a escuchar un murmullo sordo en toda la Plaza. Tenía que tomar una decisión.

De repente se detuvo. El silencio golpeó. Despacio, recorrió con la mirada el círculo de gente alrededor del poste.

Vio al Urso, que cargaba a su Opa. Lo señaló con el dedo, en silencio.

Sin saber de qué se trataba, el Urso cruzó la Plaza, no en dirección a Plop sino al hijo castrado de la Tini, descargó a su Opa y se la entregó. Por primera vez la Opa no gritó cuando la tocó alguien que no era ni el Urso ni la Tini.

Recién entonces caminó hacia Plop, que lo miró a los ojos, desde muy cerca.

Sin separar las miradas, Plop dijo:

-Duelo.

El murmullo volvió de golpe. Hacía muchos solsticios que no se hacía un duelo. Algunos ni siquiera habían visto uno. Todos lo conocían por historias de los más viejos.

La sorpresa no se había depositado en el suelo cuando ya los de la Secta estaban preparando a la Tini y al Urso.

Desataron a la Tini y, con la misma soga, ataron su muñeca izquierda a la del Urso.

En las manos derechas les pusieron un cuchillo.

Los alejaron del poste, para que no lo pudieran usar como escudo.

La Tini y el Urso, atados por la mano izquierda, los cuchillos en la derecha y Plop, que respiraba como si le faltara el aire, eran los únicos que se movían.

El resto del Grupo parecía congelado.

Plop retomó su paseo circular, ahora ellos dos eran el centro.

Esta pareció ser la señal para que todos empezaran a hablar al mismo tiempo.

Se discutían estrategias y se apostaba: ropa, comida, hasta un cuchillo. Algunos, la mayoría, le daban la ventaja al Urso, que por tamaño y peso mayores podía, debía, arrastrar a la Tini al suelo y estrangularla.

Otros decían que la Tini, que siempre había sido rápida e inteligente, podía adelantarse y aprovechar que era mucho más baja para atacar el vientre y los testículos del Urso.

Todos opinaban. Todos se excitaban con la sangre inminente.

Plop gritó: el silencio volvió a instalarse.

Levantó el brazo. Todos supieron que cuando lo bajara, iba a comenzar la pelea. Había que estar atentos, porque duraría sólo unos instantes.

—¡Ya! —gritó Plop y bajó el brazo como un trueno.

La Tini saltó hacia atrás y abajo, con el cuchillo girando en busca de la entrepierna del Urso.

Este siguió inmóvil, aun cuando recibió un tajo en el costado.

La Tini se detuvo en seco.

Entendió.

Se paró frente al Urso, muy cerca, la boca apenas le llegaba a la mitad del pecho de él.

Quedaron inmóviles, uno frente al otro. Tranquilos.

La Tini levantó la vista, el Urso la bajó y se miraron, sin un gesto en la cara.

Plop empezó a gritar. Caminaba alrededor y gritaba. Ellos seguían impávidos.

Se dio cuenta de que los alaridos no servían para nada y se calló.

Lo único que se oía era el balbuceo lloroso de la Opa.

A Plop le dolía la garganta de tanto vociferar.

Llamó a uno de la Secta. Nadie se movió.

Corrió con los brazos y las piernas desordenados, le quitó el machete a uno de los suyos, volvió al centro.

A la Tini la decapitó primero. El Urso cayó recién al segundo golpe.

Toda la gente se retiró, amargada. Nadie reclamó su apuesta.

## Sexo

No estaba satisfecho. Desde hacía un tiempo tenía sexo todos los días, y varias veces por día. Y no estaba satisfecho.

Se despertaba con una erección tan fuerte que le dolía.

Se había acostumbrado a dormir con alguien para usarlo a la mañana.

Pero siempre cambiaba de persona casi todos los días.

Se comenzó a crear un grupo que lo rondaba para dormir con él. Cerca de él se comía mejor.

Una mañana su acompañante, en vez de dejarse usar, lo masturbó. Le gustó un poco más.

Entonces se dio cuenta. Extrañaba la boca de la Esclava.

## La caída

No quedaban muchos en la Secta. A varios los había asesinado la Tini, algunos habían muerto en peleas y ataques. Y Plop ya había dejado de reclutar. Tampoco tenía quién los entrenara.

La encontraron casi muerta. Uno de los suyos estaba en la partida y la reconoció. Justo antes de que la degollaran.

Iban a llevarla como comida para los chanchos.

—Es de Plop. Es la Esclava —dijo el que la identificó.

Y con eso los detuvo. Todavía les inspiraba miedo y respeto.

Prácticamente se la tiraron a los pies. Al Grupo ya no le gustaba que Plop hiciera cosas de las que ellos no sabían nada.

Él la cuidó. Cuando no podía mantenerse despierto dejaba a alguien vigilándola.

Requisó toda la comida que necesitaba para ella. Incluso quitó abrigo a otros para cubrirla. Nadie se atrevió a oponerse.

A los pocos días ella empezó a caminar, con dificultad. No hablaba con nadie.

Plop estaba impaciente por verla recuperar las fuerzas.

Llegó el día de la Fiesta.

Desde la mañana, Plop tomó mucho. Últimamente siempre tomaba mucho.

Apenas empezó la Fiesta comió hongos. Él podía, era el Comisario.

Y tomaba. Y comía hongos.

Faltaba poco para el Todo Vale. Plop no aguantó más. Mandó traer a la Esclava.

Se sentó en el trono. Todos lo miraron. Él no veía a nadie.  
Ella llegó, apoyada en el hombro de quien la traía.  
Plop la arrodilló frente al trono, entre sus piernas. Ella  
empezó a chupar.

## Epílogo

Cuando se despertó le dolían las muñecas y los tobillos. Pero no quería moverse.

Empezó a recordar la sensación en el glande, la humedad caliente que lo recorría hasta la base.

Quiso darse vuelta. No pudo. Abrió los ojos.

Estaba boca arriba, estaqueado.

Trató de mirar alrededor. Sólo alcanzó a ver cadáveres: los miembros de la Secta.

Llovía como siempre.

A veces se quedaba dormido con la boca abierta y lo despertaba el agua llenándole la garganta.

Los bichos lo recorrían. Alrededor todo era barro.

Cuando empezaron a cavar el pozo a su lado se le hizo claro el final, este final.

Se rió. Desde que había nacido todo era barro.

Se rió otra vez.

Las mujeres parían en cuclillas sobre el barro. Todos, todo el Grupo, toda la gente, todos los grupos. Vivían en el barro, morían en el barro.

Él era el genio de la vida en el barro, el artista de la supervivencia en el barro.

Era Plop. Su nombre pasaría a significar *El que nace en el barro, El que vive en el barro, El que muere en el barro.*

Seguía siendo Plop. Pronto iba a dejar de serlo.

A veces, las paladas de los que cavaban le caían encima.

Estaba cubierto de barro. El barro que estaba ahí. Y seguiría estando.

Porque nunca había habido otra cosa que barro. Siempre había llovido. Siempre había hecho frío. Nunca había existido un depósito, una Esclava, un Urso, una Tini, una Rarita. Nunca una vieja Goro.

Nunca existió otra cosa que barro.  
Sólo figuras cubiertas de barro, como él.

Lo bajan con una soga atada a un pie. Por la mitad lo sueltan.

Cae al barro.  
Hace plop.



# Índice

Prólogo	13
El nacimiento	15
Los primeros años	18
El paisaje	20
La vieja Goro	23
El nombre	24
Los lugares de cambio	25
El Karibom	27
La iniciación	29
La primera tarea	32
El primer escalón	34
Preparación de la caza	37
La caza	40
La Fiesta	43
El albino	48
La Tini baila	50
Los Raros	52
El burro	54
Las Formas	55
Las clases	57
La Tini	59
El herido	61
El Urso	63
Parto	66
El árbol	68
Encuentro	69
Se muere	71

La ceremonia	73
La Tini y el Urso	76
El segundo escalón	78
El hambre	81
El ataque	85
El descubrimiento	87
El depósito	89
La Secta	93
El entrenamiento	94
Tercer escalón	96
Elegir mujer	98
Mesías	99
Prédicas	101
La Esclava	104
El silencio	107
De rodillas	109
Los chanchos	110
El Urso juega	111
La Guerrera	112
El trono	114
Los Boca Arriba	115
Fin del depósito	117
Las costumbres	120
Batalla	122
Raro	124
Alcohol	126
La Guerrillera	128
El duelo	130
Sexo	133
La caída	134
Epílogo	136





# C

Para la realización de este libro se utilizó papel bookcel de 65 g/m<sup>2</sup>  
y para las cubiertas papel ilustración mate 250 g/m<sup>2</sup>.

Los textos fueron compuestos en Sabon y News Gothic  
en sus variables regular, oblique y bold.

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2004  
en los Talleres Gráficos DE EDIGRAF S.A., Delgado 834,

Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Se produjeron 1.500 ejemplares.